



¡Adorada sea la Santa Faz de Nuestro Señor Jesucristo!

**IGLESIA CRISTIANA PALMARIANA  
DE LOS CARMELITAS DE LA SANTA FAZ**

Residencia: "Finca de Nuestra Madre del Palmar Coronada", Avenida de Jerez, Nº 51,  
41719 El Palmar de Troya, Utrera, Sevilla, España  
Apartado de correos de Sevilla 4.058 — 41.080 Sevilla (España)

Iglesia Una, Santa, Católica, Apostólica y Palmariana



**DECIMOCUARTA CARTA APOSTÓLICA**

**La virtud de la castidad.**

**Uso correcto de los libros.**

**La obligación de adorar la Santa Faz.**

**Llamada para el 12 y 13 de octubre**

Nos, Pedro III, Sumo Pontífice, Vicario de Cristo, Sucesor de San Pedro, Siervo de los siervos de Dios, Patriarca del Palmar de Troya, de Glória Ecclesiæ, Heraldo del Señor Dios de los Ejércitos, Buen Pastor de las almas, Inflamado del Celo de Elías y Defensor de los Derechos de Dios y de la Iglesia.

Antes que nada, queremos dar las gracias a todos aquellos que ayudaron y colaboraron de alguna manera para la Jubilosa Semana Santa Palmariana 2019, y decirles un «Que Dios os lo pague eternamente».

Nos, por medio de esta Carta Apostólica, queremos hablar de una Virtud que el mundo actual quiere ignorar. Se trata de la virtud de la Santa Castidad.

Leemos en el Evangelio que, queriendo Jesucristo instruir al pueblo que acudía en masa a fin de conocer lo que hay que practicar para alcanzar la vida eterna, se sentó, y tomando la palabra, dijo: «Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios». Si tuviésemos un gran deseo de ver a Dios, estas solas palabras deberían darnos a entender cuán agradables nos hace a sus ojos la virtud de la pureza, y cuán necesaria es esta virtud; puesto que, según nos dice el mismo Jesucristo, sin ella nunca conseguiríamos verle; y son bienaventurados los que tienen un corazón puro, pues ellos sí que verán a Dios. ¿Puede esperarse mayor recompensa que la que Jesucristo vincula a esta hermosa y amable virtud, a saber, la eterna compañía de las tres Personas de la Santísima Trinidad?

San Pablo, que conocía todo su valor, escribiendo a los de Corinto, les dijo: «¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo, vuestra Cabeza?... Quien está unido con el Señor, es con Él un mismo cuerpo y un mismo espíritu. Huid de toda deshonestidad; pues, el que obra deshonestamente, hace siempre objeto del pecado a su propio cuerpo. Por ventura ¿es que no sabéis ya que vuestras almas y vuestros cuerpos son templos del Espíritu Santo que habita en vosotros, que ya sólo pertenecen a Dios y que ya no son vuestros?; pues, fuisteis redimidos a gran precio. Glorificad a Dios y llevadlo dentro de vosotros». Es decir, que le lleváis en vuestros cuerpos, y que debéis permanecer fieles conservándolos en una gran pureza. Acordaos siempre de que vuestros miembros son los miembros de Jesucristo, y de que vuestros corazones son templos del Espíritu Santo. Andad con gran cuidado en no ensuciarlos con el pecado, que es el adulterio, la fornicación y todo cuanto puede deshorrar vuestro corazón y vuestro cuerpo a los ojos de un Dios que es la misma pureza. ¡Cuán preciosa y bella es esta virtud, no sólo a los ojos de los ángeles y de los hombres, sino también a los del mismo Dios! La tiene Él en tanta estima, que no cesa de hacer su elogio en cuantos tienen la dicha de conservarla. Esa hermosa virtud es el adorno más preclaro de la Iglesia, y, por consiguiente, debiera ser la más apreciada de los cristianos. Además, la santa castidad es una señal inequívoca de la verdadera Iglesia, porque sólo es posible en aquellos en quienes el Espíritu Santo habita. Nosotros, que en el Santo Bautismo fuimos rociados con la Sangre adorable de Jesucristo, la pureza misma; con esa Sangre adorable que tantos vírgenes ha engendrado de uno y otro sexo; nosotros, a quienes Jesucristo ha hecho partícipes de su pureza convirtiéndonos en miembros y templos suyos. Mas, ¡ay!, en el desgraciado siglo de corrupción en que vivimos, ¡esta virtud celeste, que tanto nos asemeja a los ángeles, no es conocida! Sí, la pureza es una virtud que

nos es necesaria a todos, ya que sin ella nadie verá a Dios. Nos, quisiéramos ahora haceros concebir de ella una idea digna de Dios, mostrándoos cuán agradables nos hace a sus ojos, y lo que debemos hacer para conservarla.

Para haceros comprender la estima en que hemos de tener esa incomparable virtud, y para daros la descripción de su hermosura y hacer que apreciaseis su valor ante el mismo Dios, sería necesario que os hablase, no un hombre mortal, sino un ángel del Cielo. Al oírle, diríais admirados: ¿Cómo es posible que no estén todos los hombres



dispuestos a sacrificarlo todo antes que perder una virtud que de una manera tan íntima nos une con Dios? Tratemos, sin embargo, de formarnos algún concepto de ella considerando que dicha virtud viene de lo alto, que hace bajar a Jesucristo a la tierra, y eleva al hombre hasta el Cielo por la semejanza que le comunica con los ángeles y con el mismo Jesucristo. Decidnos, según esto, ¿no merece tal virtud el título de preciosa? ¿No es ella digna de toda estima y de que hagamos todos los sacrificios para conservarla?

Decimos que la pureza viene del Cielo, pues sólo Jesucristo era capaz de dárnosla a conocer y hacernos apreciar todo su valor. Nos dejó prodigiosos ejemplos de la estima en que tuvo a esa virtud. Al determinar, en su inmensa misericordia, redimir al mundo, tomó un cuerpo mortal como el nuestro; pero quiso escoger a una Virgen por Madre. ¿Quién fue esa incomparable criatura? Fue María, la más pura entre todas las criaturas, la cual, por una gracia singular no concedida a otra alguna, estuvo totalmente exenta del pecado original. Desde el mismo instante de su Concepción Purísima, consagró su virginidad a Dios, ofreciéndole su cuerpo y su alma, presentándole el sacrificio más santo, más puro y el más agradable que jamás haya recibido Dios de una criatura terrena. Se mantuvo en una fidelidad inviolable, guardando su pureza y evitando todo cuanto pudiese tan sólo empañar su brillo.

Dice San Ambrosio que la pureza nos eleva hasta el cielo y nos hace dejar la tierra en cuanto le es posible hacerlo a una criatura. Nos levanta por encima de la criatura corrompida y, por los sentimientos y deseos que inspira, nos hace vivir la vida de los ángeles. Según San Juan Crisóstomo, la castidad de un alma es de mayor precio a los ojos de Dios que la de los ángeles, ya que los cristianos sólo pueden adquirir esta virtud luchando, mientras que los ángeles la tienen por naturaleza; los ángeles no deben luchar para conservarla, mientras que el cristiano se ve obligado a mantener consigo mismo una guerra constante. Y San Cipriano añade que la castidad no solamente nos hace semejantes a los ángeles, sino que además nos da un rasgo de semejanza con el mismo Jesucristo. Sí, nos dice aquel gran Santo, el alma casta es una viva imagen de Dios en la tierra.

Cuanto más un alma se desprende de sí misma por la resistencia a las pasiones, más también se acerca a Dios y, por un venturoso retorno, más íntimamente se une Dios a ella; la contempla, y la considera como su amantísima esposa; la hace objeto de sus más dulces complacencias, y establece en su corazón su perpetua morada. Nos dice el Salvador que son felices los que tienen el corazón puro, pues ellos verán a Dios: «Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios».

Un alma pura no tiene precio. Todas las riquezas de la tierra, todos los señoríos y dignidades son hartamente viles, comparados con el alma casta. San Efrén llama a la castidad «vida del espíritu», y San Cipriano, «adquisición de las victorias». Quien triunfa del vicio opuesto a la castidad vencerá fácilmente los demás vicios, y por el contrario, quien se deja dominar del vicio impuro, fácilmente caerá en otros vicios, odios, injusticias, sacrilegios, etc.

La castidad, decía San Efrén, hace del hombre ángel. Y San Ambrosio añade: «Quien conserva la castidad es ángel, y quien la pierde, demonio». Con razón se compara a los castos con los ángeles, que viven alejados de todo placer carnal. Los ángeles son puros por naturaleza, en tanto que los castos son puros por virtud. El mérito de esta virtud, decía Casiano, está en hacer ángeles a los hombres. San Bernardo dice que «el hombre casto se diferencia del ángel en la felicidad, mas no en la virtud» y añade que «si la castidad del ángel es más feliz, la del hombre es más gloriosa». San Basilio defiende que la castidad hace al hombre semejante a Dios mismo, que es espíritu puro.

La castidad es el rechazo de los placeres carnales ilícitos, por lo que se distinguen: La Castidad Sacerdotal y Religiosa, que es la resolución, mediante voto, de vivir durante toda la vida, por amor a Dios, en perfecta castidad. La Castidad Seglar, que es la de los fieles que viven en castidad en el estado de solteros o de viudez. La Castidad Conyugal, que es la de los casados, conforme a la Buena Moral matrimonial, porque el matrimonio nunca puede ser usado para encubrir prácticas licenciosas y pecaminosas. Sobre esto de los casados, cuenta el Padre Serafín Razzi, que en una ciudad de Italia había una noble señora, casada, que era tenida por santa. A punto de morir, recibió todos los sacramentos, dejando muy buena fama de su virtud. Su hija, después de muerta la madre, estaba rogando de continuo a Dios por el descanso de su alma. Y un día, estando en oración, oyó un gran ruido a la puerta: volvió la

vista y vio la horrible figura de un cerdo de fuego que exhalaba un hedor insufrible; y tal fue su terror que estaba para echarse por la ventana; mas la detuvo una voz, que le dijo: 'Hija, detente; yo soy tu desventurada madre, a quien tenían por santa; mas por los pecados que cometí con tu padre y que por rubor nunca he confesado, estoy condenada al infierno; no ruegues pues más a Dios por mí, porque me das mayor tormento.' Y dicho esto, bramando, desapareció.

La castidad es una virtud de gran excelencia. Si se falta a la castidad, más fácilmente se derrumbarán las demás virtudes; la castidad tiene la gloria, el valor y el mérito del martirio y hace al hombre semejante al ángel. Además, la castidad da como frutos: profunda y verdadera paz interior, alegría tan perfecta como la que puede dar la mayor victoria, admirable fecundidad para el bien, y magnífica recompensa en el cielo.



Cuanto más preciosa es la castidad, tanto más necesaria es a todos para conseguir la salvación. La castidad es necesaria a todos los hombres, pero sobre todo a los cristianos. Los católicos van a recibir en la Santa Comunión al Cordero Inmaculado de Dios, que ama al «lirio de los valles» y que «apacienta su rebaño entre los lirios». De aquí que Jesucristo quisiera por Madre, sólo a una Virgen; por Padre nutricio, a San José Virgen, cuya pureza sobrepuja a la de todas las demás criaturas, excepto la de María Santísima; y por precursor, a otro virgen. Por esto asegura San Jerónimo que San Juan fue discípulo muy favorecido de Jesús por la prerrogativa de la castidad virginal; y en virtud de esta pureza le distinguió con una amistad y una confianza singulares, y le hizo participante de grandes secretos, y le confió a su Divina Madre. Razón tuvo San Atanasio para llamar a la castidad «casa del Espíritu Santo, vida de ángeles y corona de santos».

Según San Basilio, cuando en un alma hallamos la castidad, descubrimos también todas las demás virtudes cristianas; las cuales practicará entonces muy fácilmente, pues, nos dice, «para ser casto, debe imponerse grandes sacrificios y hacerse mucha violencia. Pero, una vez que ha logrado tales victorias sobre el demonio y la carne, poca dificultad le ofrece lo demás, ya que el alma que doma con energía este cuerpo sensual, vence con facilidad cuantos obstáculos encuentra en el camino de la virtud». De tal alma dice el Espíritu Santo: «quien domina sus pasiones, es mejor que un conquistador de ciudades». Por lo cual, vemos que los cristianos castos son los más perfectos: los vemos reservados en sus palabras, modestos en el andar, sobrios en la comida, respetuosos en los lugares sagrados y edificantes en todo su comportamiento. San Agustín compara los que tienen la gran dicha de conservar puro su corazón con los lirios, que crecen derechos hacia el cielo y perfuman el ambiente que los rodea con un aroma exquisito y agradable; con sólo verlos, nos evocan ya esa preciosa virtud. Así la Santísima Virgen inspiraba la pureza a cuantos la veían. ¡Dichosa virtud, que nos pone al nivel de los ángeles, y parece elevarnos hasta por encima de ellos! Todos los santos la tuvieron en mucho, prefiriendo perder sus bienes, su fama y su misma vida antes que empañarla.

Tenemos de ello un admirable ejemplo en la persona de Santa Inés. Su belleza y sus riquezas fueron causa de que, a la edad de poco más de doce años, fuese pretendida por el hijo del pretor o magistrado de la ciudad de Roma. Ella le dio a entender que estaba consagrada a Dios. Entonces la prendieron, bajo el pretexto de que era cristiana, mas, en realidad, para que consintiese a los deseos de aquel joven. Pero ella estaba tan firmemente unida a Dios que ni las promesas, ni las amenazas, ni la vista de los verdugos y de los instrumentos expuestos en su presencia para amedrentarla, consiguieron hacerle cambiar de sentimientos. Viendo sus perseguidores que nada podían obtener de la santa, la cargaron de cadenas. Permaneció firme en su resolución y, en medio de aquellos lobos rabiosos, ofreció su cuerpecito a los tormentos con una decisión que admiró a los mismos atormentadores. La llevaron arrastrándola a los pies de los ídolos, mas ella declaró públicamente que sólo reconocía a Jesucristo, y que aquellos ídolos eran demonios. El juez, bárbaro y cruel, viendo que nada podía conseguir, pensó que sería más sensible ante la pérdida de aquella pureza de la cual hacía tanta estima. La amenazó con hacerla exponer en un infame prostíbulo; mas ella le respondió con firmeza: 'Haz lo que quieras, pero te aviso que Cristo no abandona a los suyos. Él está con los que aman la pureza y no me dejará sin socorro. Él, como Divino Esposo mío, no consentirá en modo alguno que el tesoro de mi santa virginidad sea profanado. Hundirás en mi seno el hierro impío, pero no mancharás mi alma con el pecado.' El juez ejecutó la amenaza, y mandó llevar a la doncella a una de las casas malas que había en los pórticos de un circo romano, en donde fue despojada de sus ropas para ser sometida al escarnio y pública vejación. Pero ninguno llegó a ver el cuerpo desnudo de la joven virgen Santa Inés, ya que milagrosamente su cabellera creció hasta cubrirlo totalmente. El hijo del pretor, que intentó acercarse a ella con fines deshonestos, cayó muerto, abrasado por el fuego que emanaba de los cabellos de la santa. Al momento se divulgó por toda la ciudad de Roma la noticia de que el hijo del pretor, había recibido la muerte de manos de Inés. El padre, lleno de furor, se entregó a

todo cuanto la desesperación podía inspirarle. Días después, el pretor, llamando a la joven otra vez a su presencia, la conminó a que renegase de la fe cristiana, so pena de ser quemada viva. Ante la nueva negativa, el lugarteniente del



pretor ordenó encender una gran hoguera, en la cual hizo arrojar a la santa. Mas las llamas se abrieron sin dañar a Inés, y en cambio, quemaron a los idólatras que habían acudido a aquel lugar para presenciar tales tormentos. Viendo el lugarteniente que el fuego la respetaba y no le causaba daño alguno, ordenó degollarla con la espada, a fin de quitarle de una vez la vida; mas el verdugo se puso a temblar, como si él fuese el condenado a muerte; al final un verdugo cortó de un tajo la cabeza de la joven mártir. Como, después de su muerte, sus padres llorasen su pérdida, se les apareció y les dijo: 'No lloréis mi muerte; al contrario, alegraos de que haya yo alcanzado un tal grado de gloria en el Cielo.' (21 enero).

Ya veis cuánto sufrió aquella santa para no perder su virginidad. Ahora podéis comprender algo de lo estimable que es la pureza, y de lo que agrada a Dios cuando así se complace en obrar grandes milagros a fin de mostrarse su guardián y protector. Este ejemplo confundirá un día a aquellos jóvenes que tan poca estima hicieron de esa virtud. Nunca conocieron su valor. Razón tiene el Espíritu Santo para exclamar: «¡Oh qué hermosa y resplandeciente es la generación de los que

aman la castidad! ... La memoria de los castos es inmortal, ya que es reconocida su virtud delante de Dios y de los hombres. Pues, mientras están en la tierra, son modelo de imitación; y cuando han muerto son recordados con admiración. En el Cielo serán galardonados eternamente con la corona del triunfo, que conlleva el premio a su continua lucha en la tierra por conservar la castidad. La gracia de ver a Dios está reservada para aquellos que son limpios de corazón». Es innegable que todo ser ama a sus semejantes; por lo cual, los ángeles, que son espíritus puros, aman y protegen de una manera especial a las almas que imitan su pureza. Leemos en la Santa Biblia que el Arcángel Rafael tiene la misión de promover y defender entre los hombres la castidad, y que acompañando al joven Tobías, le protegió con mil favores. Le preservó de ser devorado por un pez y de ser estrangulado por el demonio. Si el joven aquel no hubiese sido casto, ciertamente que el arcángel no le hubiera acompañado y, por lo tanto, no le habría protegido en aquellos trances. ¡Cuánto es el gozo que experimenta el ángel custodio de un alma pura!

San Basilio llama a la impureza peste viva, y San Bernardino de Siena, el más nocivo de todos los vicios, porque, como dice San Buenaventura, «la impureza destruye los gérmenes de todas las virtudes»; por eso la llamaba San Ambrosio «fuente y madre de todos los vicios». Efectivamente, este vicio arrastra en pos de sí todos los crímenes, odios, hurtos, sacrilegios, etcétera. Y el Padre Séñeri decía que así como la soberbia llenó el infierno de ángeles rebeldes, así la impureza lo llenó también de hombres. En los demás vicios el demonio pesca con anzuelo y en éste pesca con red, de suerte que con este vicio lleva más almas al infierno que con todos los demás. Dios, a la vez, para castigar la lujuria, desató sobre la tierra los mayores azotes, castigándola desde el cielo con diluvios de agua y fuego, como son el Diluvio Universal y la destrucción de Sodoma y Gomorra, y castigará al mundo de nuevo con la Tercera Guerra Mundial que ahora se acerca. La castidad es una perla preciosa que pocos encuentran en la tierra, como dice San Atanasio; pero es muy necesaria para los que quieren salvarse.

Hoy en día la lujuria es propagada por todas partes y es declarada lícita con el mayor descaro. En este mundo totalmente corrompido, la sublime virtud de la pureza es pisoteada en la sociedad, y el fomento del vicio opuesto, que es la lujuria, es ensalzado y promovido por todos los medios para su mayor difusión y crecimiento. Hoy, para la inmensa mayoría de la juventud, la pureza carece de valor, es algo anticuado. Los jóvenes de uno y otro sexo, viven inmersos en el vicio de la lujuria, considerándolo como algo natural y lógico. El sexto Mandamiento de la Ley de Dios, ya no existe para ellos, pues se opone a las concupiscencias carnales, y las jóvenes ya no valoran la virginidad. Mirad lo que dice el Libro de la Sabiduría sobre estos lujuriosos: «¡Oh qué vil y repugnante es la generación de los que aman la lujuria! Sus frutos son nocivos y amargos para comer, ya que brotan de árboles corrompidos por el desenfreno de la lascivia. El Señor abominará a los lujuriosos obstinados... Sus liviandades se levantarán contra ellos para acusarlos y atormentarlos sin fin».

Como sabéis por el Catecismo, el sexto Mandamiento es no cometer actos impuros. Este Mandamiento obliga a ser puros y castos en obras, deseos, palabras y pensamientos. Peca mortalmente, si hay plena advertencia y pleno consentimiento: el que consigo mismo o con otros, comete actos contra la castidad; el que desea cometerlos; el que habla, contempla, lee u oye con complacencia cosas deshonestas; y el que con el pensamiento se deleita en cosas impuras. Las leyes humanas prohíben únicamente las obras externas, porque los hombres no ven sino lo exterior, pero Dios que penetra hasta lo más íntimo del corazón, ve clarísimamente todos los malos actos de la voluntad, esto es, los deseos culpables. Y esta regla es aplicable a todo pensamiento consentido en toda especie de pecado. En una

palabra, todo lo que es malo hacer delante de Dios, es pecado el desearlo. Mas, conviene recordar que la tentación no es por sí pecado, ya que no hay pecado si, una vez advertidos los pensamientos, se rechazan.



Dios nos manda no cometer actos impuros, los cuales pueden ser con diferentes sentidos del cuerpo. Se peca de impureza con los ojos cuando deliberadamente se mira alguna cosa deshonesta con complacencia, o con malsana curiosidad o con peligro grave de pecado. Se debe tener en cuenta, que no es lo mismo ver que mirar; pues, lamentablemente el mundo pone a nuestro paso multitud de indecencias que muchas veces vemos contra nuestra voluntad; mas, una vez advertidas por nosotros, estamos obligados a no mirarlas por el peligro grave que puede haber de pecado. No le es permitido a nadie el mirar cosas deshonestas, ni leer libros licenciosos u otros escritos de cierto peligro moral, ni asistir a espectáculos malos o peligrosos, ni mirar figuras o escenas o pinturas indecentes, etcétera. Sólo cuando hay causa verdadera y proporcionada, es lícito mirar cosas deshonestas, como el médico que tiene que explorar a un paciente, o la enfermera que tiene que lavar a un paciente, o el aseo personal por razones de higiene, etcétera; mas, aun en estos casos, hay obligación de actuar siempre con el máximo recato. Por tanto peca mortalmente el que con la vista se complace de alguna manera en cosas indecentes, o no aparta su mirada de aquello que pudiera ser grave peligro de pecado, si hay pleno conocimiento y pleno consentimiento. Se peca de impureza con la lengua o con los oídos cuando, deliberadamente, se dicen o se

oyen, según el caso, cosas deshonestas con complacencia, o con malsana curiosidad o con peligro grave de pecado; por ejemplo, el que dice cosas incitantes, obscenas o impuras, ya privadamente o ya ante otros, o el que con intención pecaminosa oye palabras o canciones impuras, etcétera. Las malas conversaciones corrompen las buenas costumbres. Pecan, por tanto, mortalmente contra la castidad los que dicen palabras deshonestas, o dan ocasión a conversaciones indecentes, o no las impiden cuando pueden y deben hacerlo. Pecaría sólo venialmente si hubiera alguna circunstancia que excusara la gravedad. Se peca de impureza con el tacto cuando, a través de contactos, intencionadamente se busca el placer impuro consigo mismo o con otra persona, ya sean tocamientos, besos, abrazos u otras aproximaciones corporales, etcétera.

La lujuria es el amor desordenado de los deleites carnales. La lujuria plenamente advertida y consentida es siempre pecado mortal. La lujuria es intrínsecamente mala, porque es una verdadera desobediencia contra el Creador y la Buena Moral por Él establecida, ya que al trastocar el orden moral establecido por Dios, trastorna su plan divino y afecta al bien universal, siendo causa de la condenación de muchísimas almas.

La lujuria puede provenir de causas interiores, como el orgullo, pues, Dios permite en los orgullosos pasiones infames, para que así se humillen; o de la intemperancia o falta de templanza, y de la ociosidad que es madre de muchos vicios. La lujuria puede provenir también de causas exteriores, que son las ocasiones próximas de pecado, como malas compañías, escritos perversos, espectáculos licenciosos, fotografías escandalosas, modas indecorosas, etcétera. Cuando se atenta contra la pureza con una acción provocativa por sí sola mala, como ver un espectáculo peligroso, sería siempre pecado mortal, al haber obligación de no asistir a espectáculo alguno que se prevé pudiera ser peligroso; y si no se ha previsto, hay obligación de alejarse inmediatamente del mismo una vez advertida su maldad.

Examinemos la malicia del pecado de uno que atenta contra la castidad. El cristiano es templo de Dios: «fuimos sellados con su Bautismo,... y estamos vivificados por el Espíritu Santo que habita en nuestras almas», así habla San Pablo. Este santuario del Señor es el cuerpo del fiel cristiano. Los que manchan el cuerpo con acciones deshonestas, profanan el templo de Dios. ¡Qué cosa más indigna es el ver a los cristianos sirviendo a las inmundicias, cuando deben ser templos y sagrarios del Espíritu Santo! Los que han de alimentarse de la Carne Sacrosanta del Cordero, están obligados a conservar el alma con máxima pureza.

Las impurezas son una gran ofensa a Dios, como se entiende de estos Mensajes del Señor en El Palmar: «¡Oh, mi Corazón es traspasado por las impurezas! ¡Cómo gritan, cómo gritan, cómo enloquecen junto al placer; esas músicas pecaminosas, esos cuerpos alardeando y haciendo pecar a otros! Es por lo que vengo a estar entre vosotros, para que al menos me consoléis un poco. ¡Ay, si pudierais verme todos, cómo caeríais rostro a tierra, viendo el terror y espanto de mi Rostro por las inmundicias del mundo! En estos momentos en mi Rostro se refleja el dolor que siento en el Corazón. Dolor de un Dios que ha dado la vida por sus hijos». «¡Formad todos un ejército blanco de María: Ejército de pureza, ejército de bondad, ejército de castidad, de pobreza, de virtudes y de héroes! Quiero un ejército de María lleno de héroes. No quiero cobardes, sino héroes, defensores de María». «La castidad es el

medio seguro para alcanzar la santidad» y entre los doce Frutos del Espíritu Santo están la Modestia, la Continencia y la Castidad.

He aquí algunos efectos de la lujuria: El desprecio a Dios y a la Buena Moral; el amor desordenado a sí mismo, así como a los placeres y comodidades de esta vida; el desprecio o menosprecio a la vida eterna; el escándalo, el adulterio, el robo, el crimen, etcétera. La lujuria acarrea también otros muchos desastres, como envilecimiento, degradación, deshonor, y pérdida de la fortuna, de la salud y de la paz del alma, etcétera.

Examinemos los terribles daños o consecuencias que el pecado deshonesto causa al alma, principalmente: ceguera del espíritu, obstinación de la voluntad y la condenación eterna.



Ceguera del espíritu. En primer lugar, este pecado ciega y hace perder la vista de Dios y de las verdades eternas. Según San Agustín, «la castidad contribuye a que los hombres vean a Dios»; y por el contrario, dice Santo Tomás que «el primer efecto del vicio impuro es la ceguera del espíritu». «La impureza, continúa San Agustín, quita el pensamiento de la eternidad». Cuando los cuervos encuentran un cadáver, lo primero que hacen es quitarle los ojos; la incontinencia lo primero que hace es quitar las luces de las cosas divinas. Bien lo experimentó Enrique VIII, primero defensor de la Iglesia y después su perseguidor, por este vicio; lo mismo Lutero, y Sansón, y el ex-papa, y hasta Salomón, primero santo y después idólatra. E igual acontece a diario con los deshonestos: «andarán como ciegos porque se obstinaron en pecar contra Mí, vuestro Dios y Señor». ¡Desgraciados de ellos! En medio de la luz de los Sacramentos que reciben, de las oraciones que rezan, permanecen ciegos, como si ya no creyesen ni en la muerte que les espera, ni en el juicio futuro, ni en el infierno, que será su morada. Quedan, en suma, en aquel fango maloliente en que se hallan sumergidos, tan cegados, que después de haber abandonado a Dios, ni siquiera

piensan en volver a sus plantas para alcanzar el perdón: «La fornicación, la avaricia y la embriaguez han endurecido el corazón de muchos», dijo el profeta Oseas. Sus acciones no les permiten volver a Dios, pues un espíritu de fornicación reside en su interior. De modo que, como dice San Juan Crisóstomo, «no bastarían para iluminarlo, ni las admoniciones de los superiores, ni los consejos de los buenos amigos, ni el temor de los castigos, ni el peligro de quedar deshonorados». No hay por qué extrañarse de que no vean, pues el fuego de la concupiscencia les ciega. Dice Santo Tomás que «el vicio carnal extingue el juicio de la razón, porque los placeres impuros no dejan al alma más sentimiento que el de los goces carnales». Este vicio, con sus brutales delectaciones, hace que el hombre pierda la razón, de tal modo que le hace peor que las bestias. Por esto el deshonesto, cegado por sus impurezas, no prestará atención a los ultrajes que hace a Dios con su vida sacrílega; así que se atreverá hasta a comulgar en pecado. No tiene nada de extraño; quien perdió la luz, fácilmente se deja arrastrar a cualquier mal.

Quien quiera luz, acérquese a Dios; y recuerde siempre que la impureza aleja a Dios más que cualquier otro vicio; por eso el impúdico se trueca en bestia, incapaz de darse cuenta de las cosas espirituales. No le hacen mella ni el infierno, ni la eternidad, si es que no comienza ya a dudar de la fe, como sospecha San Ambrosio. ¡Cuántos desgraciados perdieron finalmente la fe a causa de este vicio! En estos tiempos de apostasía general, el mundo está tan inmerso en las obscenidades que abiertamente rechaza la Ley de Dios y aprueba toda perversidad, por lo que la Santa Iglesia ha tenido que refugiarse en el desierto.

Así como en una vasija llena de tierra no puede entrar la luz del sol, así en el alma habituada a los pecados carnales, no brilla ya la luz divina, y sus vicios quedarán con ella por toda la eternidad. Y así como esta alma desgraciada acabará, en medio de sus impurezas, por olvidarse de Dios, así también Dios se olvidará de ella y permitirá que quede abandonada en sus tinieblas: «No sólo no tendrá vida verdadera, sino que, cuantas obras buenas había hecho, se echarán en olvido para él, por la prevaricación en que ha caído» (Ezequiel). Cuenta el Padre Cataneo que cierto pecador que vivía en el vicio fue advertido por un amigo que rompiera con la cómplice si no quería condenarse, a lo que respondió aquél: ‘Amigo, por tal mujer bien se puede ir al infierno;’ y en efecto parece que allí fue, pues lo mataron en aquel estado. Otro, sorprendido en casa de una señora a quien quería seducir, fue obligado por el marido a tragarse un veneno. Vuelto a su casa, el desgraciado se acostó y confesó a un amigo que estaba ya para morir. El amigo lo exhortó a que se confesara pronto, a lo que respondió el desgraciado: ‘No, no puedo confesarme: sólo te pido que digas a la señora X que muero por su amor.’ ¿Puede llegarse a mayor grado de ceguera?

La obstinación de la voluntad. El pecado impuro tiene por segundo efecto la obstinación de la voluntad. «Quien se deja prender en estas diabólicas redes, dice San Jerónimo, difícilmente puede retirarse de ellas». Santo Tomás escribe que «el demonio, de ningún pecado se regocija tanto como de la impureza, porque la carne está muy

inclinada a este vicio, y cuando cae en él, difícilmente lo puede dejar». De aquí que Clemente de Alejandría llamara a la impureza «enfermedad incurable», y Tertuliano «vicio sin conversión», y de aquí también que San Cipriano llamara a la impureza «madre de la impenitencia». Para salir de la adicción al alcohol o al tabaco, hay que tener una voluntad muy firme y esforzarse mucho. Igualmente, para vencer las tentaciones carnales y superar los malos hábitos, es imprescindible tener una voluntad absolutamente resuelta para no dejarse llevar de la carne, y fortalecer esa voluntad con la oración y penitencia, insistentemente implorando el auxilio divino con mucha confianza porque, como dice Cristo en el Santo Evangelio, «lo que para los hombres parece imposible, es posible para Dios; ya que Él puede con su Gracia mover hasta los corazones más duros. Porque para Dios todas las cosas son posibles». Cuenta el Padre Biderman que, hallándose para morir cierto joven que recaía en este pecado, se confesó entre muchas lágrimas y murió dejando gran esperanza de salvación eterna. Al día siguiente, el confesor, que celebraba la Misa exequial, sintió que le tiraban de la casulla; miró, vio un vapor negro del que se escapaban centellas de fuego y oyó luego que era el alma del joven muerto, que ciertamente había recibido la absolución de sus pecados, pero que, tentado nuevamente, había caído de pensamiento y se había condenado.

Esta será la ruina de los deshonestos: se hallan los desgraciados en camino resbaladizo, rodeados de tinieblas y empujados al abismo por los demonios y sus malos hábitos, por lo que será muy difícil el librarse de la perdición. Dice San Agustín que «quienes se libran de este vicio y vuelven presto a contraer su hábito, éste se trueca como en una necesidad de pecar». El buitre, antes de abandonar la carnaza en que se ceba, prefiere perder la vida, dejándose matar por el cazador; así acontece al impúdico habituado. Y ¡cuán obstinados son los cristianos esclavos de este vicio! Acontece así debido a la mayor luz recibida para conocer la malicia del pecado mortal, y entonces la impureza es en ellos mayor pecado.

La condenación eterna. Finalmente, este maldito vicio lleva al hombre infectado por él, a la condenación eterna. Dice San Pedro Damiano que «todas las obscenidades del impúdico se trocarán un día en una resina que alimentará eternamente en sus entrañas el fuego del infierno». ¡Ay, y qué terribles castigos reserva Dios a los deshonestos! ¡Cuántos y cuántos son los que pueblan el infierno por este pecado! Dice San Pedro Damiano: «Si el hombre del Evangelio que había ido al banquete nupcial sin el vestido apropiado fue condenado a las tinieblas, ¿qué habrá que esperar se haga con quien se introdujo en la sala del festín celestial no sólo sin el brillo del vestido nupcial, sino manchado con el fango impuro de una horrible lujuria?»

Cuenta San Antonino, que hubo una viuda la cual empezó una vida muy devota; pero después, conversando familiarmente con un joven, cayó con él en un pecado. Hecho el yerro, hacía penitencia, limosnas, hasta entró en un convento; pero nunca confesaba su pecado. La hicieron abadesa, y finalmente murió en opinión de santa. Mas una noche, cierta monja, que en el coro estaba, oyó un gran ruido, y vio una sombra rodeada de llamas. Preguntó quién era, y respondió la sombra: ‘Soy el alma de la abadesa y estoy en el infierno.’ ‘¿Y por qué?’ ‘Porque en el siglo cometí un pecado y no quise confesarlo; corre, y dilo a las demás monjas, y no roguéis más por mí.’ Y oyéndose gran estruendo desapareció.

No hay virtud para la conservación de la cual haga Dios tantos milagros como los que ejecuta para favorecer a la persona que, conociendo el valor de la pureza, se esfuerza en conservarla.

Se refiere en la vida de San Edmundo (16 noviembre) que, estudiando dicho santo en París, se halló en compañía de ciertas personas que hablaban torpemente; y las dejó al momento. Fue tan agradable al Señor aquella acción, que se le apareció en figura de un hermoso Niño y, saludándole con gran afabilidad, le dijo que le había visto con gran satisfacción apartándose de la compañía de aquella gente que sostenía conversaciones licenciosas; y en recompensa de ello le prometió que no le abandonaría nunca. Además, San Edmundo tuvo la dicha de conservar su inocencia hasta la muerte. Todo esto nos da a comprender cómo no puede denegar nada Dios al que tiene la dicha de conservar puros su corazón y su alma. ¿Veis, pues, de qué manera protege Dios a la persona que ama esa virtud y trabaja por conservarla?

Oíd lo que aconteció a Santa Potamiana, que vivió en tiempos de la persecución de Maximiniano. Aquella joven era esclava de un señor disoluto y libertino, el cual continuamente la estaba solicitando. Mas ella prefirió sufrir toda suerte de crueldades y suplicios antes que consentir a las seducciones de aquel señor infame. Enfurecido éste al ver que nada podía lograr, la entregó, como cristiana, en manos del gobernador, a quien prometió una fuerte recompensa para el caso de que la conquistase para sus infames apetitos. El juez mandó comparecer a aquella virgen ante su tribunal, y viendo que ninguna amenaza podía hacerla cambiar de sentimientos, la sometió a todo cuanto su rabia supo inspirarle. Mas Dios, que jamás abandona a los que a Él se consagran, concedió tantas fuerzas a la joven mártir, que parecía insensible a todos los tormentos a que hubo de someterse. No pudiendo aquel juez iniciar vencer su resistencia, mandó poner sobre una grande hoguera una caldera llena de pez, y le dijo: ‘Mira lo que te está preparado si no obedeces a tu señor.’ Y la santa joven respondió sin vacilar: ‘Prefiero sufrir todo cuanto

pueda inspiraros vuestro furor antes que obedecer a la infame voluntad de mi amo; además, nunca habría yo creído que un juez fuese injusto hasta el punto de mandarme obedecer a los propósitos de un amo disoluto.' Irritado el tirano al oír esta respuesta, mandó arrojarla a la caldera. 'A lo menos disponed,' dijo ella, 'que sea arrojada allí vestida. Ahora veréis las fuerzas que el Dios a quien adoramos, concede a los que sufren por Él.' Después de tres horas de suplicio, entregó Potamiana su alma al Criador, y así ganó la doble palma del martirio y de la virginidad.

¡Cuán desconocida en el mundo es esa virtud, cuán poco la apreciamos, cuán poco cuidado ponemos en conservarla, cuán negligentes somos en pedirla a Dios, aunque sabemos que no podemos obtenerla por nosotros



mismos! ¡No conocemos bien esa hermosa y amable virtud, que tan fácilmente gana el corazón de Dios, tan hermoso esplendor comunica a nuestras buenas obras, tan por encima de nosotros mismos nos levanta, y nos hace vivir en la tierra una vida tan semejante a la de los ángeles del Cielo!

Ella no es conocida de esos infames e impúdicos viejos, que se arrastran, se revuelcan y se anegan en el lodazal de sus torpezas; lejos de esforzarse en extinguirlo, lo avivan continuamente con sus miradas, con sus pensamientos, con sus deseos y con sus actos. ¿Cómo estará esa pobre alma al comparecer ante Dios que es la pureza misma? Esta hermosa virtud no es conocida de aquellas personas cuyos labios no son más que una boca de la que se sirve el infierno para vomitar sobre la tierra sus impurezas, y con las cuales dichos desgraciados se nutren como si fuesen su pan cotidiano. ¡Su pobre alma es sólo objeto de horror para el Cielo y para la tierra! Esa amable virtud no es tampoco conocida de aquellos jóvenes cuyos ojos y cuyas manos están manchados por la impureza. ¡Oh Dios!, ¡a cuántas almas arrastra al infierno este pecado! Esa virtud no es conocida de aquellas jóvenes mundanas y corrompidas que tanto se afanan por atraer a sí las miradas de las gentes; que, por sus atavíos

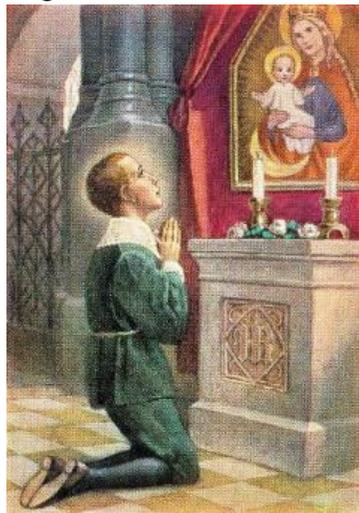
exagerados e indecentes, dan públicamente a entender que son infames instrumentos de que se sirve el infierno para perder las almas: ¡esas almas que tantos trabajos, lágrimas y tormentos costaron a Jesucristo! Mirad a esas desgraciadas, y veréis su cabeza y su pecho rodeados de mil demonios. ¡Dios mío!, ¿cómo puede sostener la tierra a tales secuaces del infierno? ¡Y lo más triste y doloroso es ver cómo las madres las toleran en un estado tan indigno de una cristiana! Al ver esto, casi se debe decir que tales madres no valen más que sus hijas. Ese corazón desgraciado y esos ojos impuros vienen a ser una fuente corrompida que causa la muerte a quien los mira o los escucha. ¡Cómo tales monstruos se atreven a presentarse ante un Dios tan Santo y tan declaradamente enemigo de la impureza! Su vida miserable no viene a ser otra cosa que un montón de grasa que están amasando para alimentar el fuego del infierno por toda una eternidad. Mas dejemos ya esta materia tan enojosa y poco grata para el cristiano, cuya pureza debe seguir las huellas de la del mismo Jesucristo; y volvamos a esa hermosa virtud de la pureza que nos levanta hasta el cielo, que nos convierte en dignos hijos de María Inmaculada, que nos franquea la entrada en el Corazón adorable de Jesucristo, y nos atrae toda suerte de bendiciones espirituales y temporales.

Grande es, por tanto, el precio de la castidad, y más terrible aún es la guerra que hace la carne al hombre para arrebatarse esta virtud. La carne es el arma más poderosa que tiene el demonio para esclavizar al hombre; de donde proviene que sean raros los que salen victoriosos en este combate, como afirma San Agustín. ¡Cuántos desgraciados, por los estímulos desarreglados de la carne, perdieron la castidad y hasta al mismo Dios! 'Nunca serás casto,' decía San Carlos Borromeo, 'si no te vigilas de continuo, porque la negligencia contribuye a la pérdida de la castidad.' Todo este cuidado ha de consistir en adoptar los medios para conservar esta virtud, medios que se reducen, unos a huir de lo que puede encender el fuego impuro y otros a emplear ciertos remedios contra las tentaciones.

Hemos dicho que esa virtud es de un valor muy grande a los ojos de Dios; mas hemos de afirmar también que no carece de enemigos que se esfuerzan por arrebatárnosla. Hasta podríamos decir que casi todo cuanto nos rodea está conspirando para robárnosla. El demonio es uno de los enemigos más temibles; viviendo él en medio de la hediondez de los vicios impuros y sabiendo lo mucho que este pecado ultraja a Dios, y conociendo además lo agradable que es a Dios el alma pura, nos tiende toda suerte de lazos para arrebatarnos esta virtud. Por su parte, el mundo, que sólo busca sus regalos y placeres, colabora también para hacérnosla perder, muchas veces bajo la capa de amistad. Pero podemos afirmar que el más cruel y peligroso enemigo somos nosotros mismos, esto es, nuestra carne, la cual, habiendo quedado ya maleada y corrompida por el pecado de Adán, nos induce a la corrupción. Si no estamos constantemente sobre aviso, pronto nos abrasa y devora con sus llamas impuras.

Como es difícil conservar esta virtud tan preciosa a los ojos de Dios, veamos con detención los medios para conservarla. El primero es huir de todo cuanto pueda inducirnos al mal, esto significa: ejercer una gran vigilancia

sobre nuestros ojos, nuestros pensamientos, nuestras palabras y nuestros actos, huir de la ociosidad y mortificarnos; el segundo, recurrir a la oración humilde; el tercero, frecuentar dignamente los Sacramentos; el cuarto, ser muy devotos de la Santísima Virgen. Observando todo esto, a pesar de los esfuerzos de nuestros enemigos, a pesar de la fragilidad de esa virtud, tendremos la seguridad de conservarla.



Aun cuando el hombre acuda a todos los remedios posibles, si no huye, está perdido: «Quien ama el peligro, perecerá en él». He aquí lo que a este respecto dice San Jerónimo: «El primer remedio contra este vicio es alejarse de los objetos cuya presencia nos llevaría al mal». San Felipe Neri decía que en estos combates la victoria es de los cobardes, es decir, «de los que huyen de las ocasiones». Estos *cobardes* temen ofender al Señor, que dijo: «Temed al que os puede matar el alma con el pecado, y así arrojaros al Infierno. Así os digo, a éste temed». En cambio, *son valientes* en vencer el respeto humano.

Dijimos que debemos vigilar nuestras miradas; lo cual es muy cierto, pues vemos, por experiencia, a muchos que cayeron por una sola mirada, y no se levantaron ya jamás. No os permitáis nunca libertad alguna sin ser ella verdaderamente necesaria. Primero sufrir cualquier incomodidad antes que exponeros al pecado.

Gran tesoro es la gracia de Dios, pero lo llevamos en nosotros, que somos vasos frágiles y muy expuestos a perderlo. El hombre no puede adquirir la virtud de la castidad, si Dios no se la concede. Nosotros mismos no tenemos fuerzas para practicar virtud alguna, y especialmente ésta, pues llevamos dentro una fuerte inclinación al vicio opuesto. El hombre, con el auxilio de Dios, puede conservarse casto; pero Dios no concede este auxilio a quienes voluntariamente se exponen o permanecen en la ocasión de pecar; y repetimos aquello del Eclesiástico: «Quien ama el peligro, perecerá en él».

De aquí esta exhortación de San Agustín: «Contra los ímpetus carnales huye si quieres alcanzar victoria». Nunca se vence mejor la lujuria que con la huida. «¡Cuántos desgraciados – advertía San Jerónimo a sus discípulos en el lecho de la muerte – cayeron en este fango impuro por la presunción de juzgarse seguros de no caer! Nadie, pues, ha de considerarse seguro de no caer en este vicio. Aun cuando fueses santo (son sus palabras), con todo, siempre estás expuesto a caer».

¿Puede uno caminar sobre brasas sin que sus pies se quemen? He aquí las reflexiones que con este motivo trae San Juan Crisóstomo: «¿Por ventura eres de piedra o eres de hierro? Eres hombre sujeto a la debilidad de todos los hombres. Tomas fuego en las manos, y ¿confías en no quemarte? Arrima leña al fuego y atrévete a decir que no arderá; pues nuestra naturaleza es semejante a la leña y el fuego. Por esto es imposible exponerse voluntariamente a la ocasión y no sucumbir».

«Como de la vista de la serpiente, huye de los pecados», dice el Eclesiástico. No hay que huir solamente de la mordedura de la serpiente, sino también de su proximidad. Donde hay personas que pueden ser ocasión de caída, hay que huir de su presencia y de su conversación. San Ambrosio observa que el casto José ni siquiera quiso oír lo que había empezado a proponerle la mujer de Putifar, y huyó inmediatamente, juzgando por gran peligro el detenerse a escucharla; pues incluso le dejó el manto entre sus manos, cuando huyó de la tentación para salvar su alma. Mas, quizás diga alguien: ‘Yo sé lo que me conviene.’ Oiga este tal lo que dice San Francisco de Asís: «Sé lo que tendría que hacer, pero no sé lo que en la ocasión haré».

Hay que evitar los peligros externos que provocan la lujuria; por ejemplo, las lecturas deshonestas, los espectáculos inmorales (periódicos, revistas, vídeos, cine, películas o televisión), la música moderna, los bailes indecentes o abrazados, las playas y piscinas, los medios de comunicación social, las modas provocativas, etcétera, todos incentivos infernales de la sensualidad. Igualmente hay que huir de los compañeros corrompidos y evadir las perversas enseñanzas que dan en los colegios; por lo que debéis amar las santas normas palmarianas y comprender su necesidad.

Ante todo, hay que huir de la mirada de objetos peligrosos en esta materia. La muerte entra por las ventanas, es decir, por los ojos, como explican San Jerónimo y otros; porque así como para defender una plaza no basta con cerrar sus puertas si se deja que el enemigo entre por las ventanas, así de nada nos valdrán los otros medios para conservar la castidad si no tenemos la preocupación de cerrar los ojos. Cuenta Tertuliano que cierto filósofo gentil se arrancó voluntariamente los ojos para conservarse casto. Esto no es lícito ni cristiano, aunque, si queremos conservar la castidad, es necesario que nos abstengamos de mirar a las mujeres inmodestas y, sobre todo, de detenernos a mirarlas. No daña tanto, decía San Francisco de Sales, el ver sino el mirar los objetos que pueden ser causa de tentación. Y si para conservar la castidad es necesario abstenerse de mirar a ciertas mujeres, más necesario

aún es huir de su conversación. San Job se obligó con sus ojos a no mirar a mujeres jóvenes, pues sabía que de tales inmodestias provienen los malos pensamientos. Lo mismo advertía el Eclesiástico: «No pongas indiscretamente tus ojos en la doncella, para que su belleza no sea ocasión de tu ruina». Decía San Agustín: «De la mirada nace el mal pensamiento; del pensamiento, cierta delectación carnal, aun cuando involuntaria; y a esta delectación indeliberada sucede a menudo el consentimiento de la voluntad». El Apóstol San Pablo ordenó que las mujeres estuvieran con la cabeza cubierta en la iglesia, y según el comentario del cardenal Hugo, esto es también para prevenir las tentaciones inmodestas. Por haber mirado curiosamente a Betsabé, cayó David miserablemente en tantos pecados de adulterio, de homicidio y de escándalo. El diablo sólo necesita que le demos pie, decía San Jerónimo. Efectivamente, sólo necesita que le entreabramos la puerta, que ya él acabará por abrirla de par en par. Una mirada voluntaria y persistente será la chispa infernal que arruinará al alma. Y San Jerónimo dice que no sólo se debe huir de todo acto impuro, sino también de cualquier miradilla.

Baste para hacernos temblar el desgraciado ejemplo de Salomón, que tan querido y familiar había sido de Dios, y era modelo de virtud, sabiduría y prudencia; luego se dejó seducir por mujeres paganas y llegó a adorar ídolos y a cometer los peores crímenes. Nada extraño, exclama San Cipriano, porque es imposible hallarse entre las llamas y no ser abrasado por ellas. Un solo mal pensamiento es bastante para perder el alma. Refiere el célebre Doctor Fray Juan Ragusino, que había una mujer muy espiritual, que frecuentaba la oración y los sacramentos, en tanto que el Obispo la tenía por santa. Un día, la infeliz, mirando a uno de sus domésticos, consintió en un mal pensamiento; pero como el pecado no pasó de su pensamiento, se lisonjeaba de no estar obligada a confesarlo; no obstante el remordimiento de la conciencia siempre la atormentaba, y en especial cuando se halló cercana a morir; pero ni aun antes de su muerte por la vergüenza llegó a confesarse de aquel pecado, y así murió. El Obispo, que era su confesor y que la tenía por santa, hizo pasear su cadáver en procesión por toda la ciudad, y después, por su devoción, la hizo enterrar en su propia capilla. Pero en la mañana siguiente, entrando allí el Obispo vio sobre la sepultura un cuerpo extendido en una grande hoguera. Le conjuró en nombre de Dios a que le dijese quién era. Y entonces respondió que era su penitente, y que por aquel mal pensamiento se había condenado, y con horrorosos gritos maldecía su vergüenza, que había sido causa de su eterna ruina.

Temblemos, pues somos de carne. El hombre y la mujer pueden ser santos; mas, por cuanto se ponen en la ocasión, acaban por perderse: tropiezan y juntamente caen los dos. Célebre es el funesto caso de aquella señora que por caridad recogía los cuerpos de los santos mártires para darles sepultura. Un día encontró a un mártir a quien se creía muerto y que aun no había expirado; lo llevó a su casa, lo cuidó y recobró la salud. Pero ¿qué aconteció? Que estas dos personas virtuosas, con la mutua conversación, perdieron la castidad y con ello la gracia de Dios. Y este caso se ha repetido muchas veces. ¿Cuántos empezaron con semejantes aficiones espirituales y acabaron perdiendo la piedad y a Dios mismo?

Hay que huir también de las malas compañías. Dice San Jerónimo que el hombre se asemeja a aquellos con quienes conversa. La vida presente es camino oscuro y resbaladizo; si tenemos un mal compañero que nos empuje al precipicio, estamos perdidos. Cuenta San Bernardino de Siena haber conocido una persona que había conservado la virginidad durante treinta y ocho años, y que luego, por haber oído a otra persona nombrar cierta impureza, cayó en vida tan rota, que si el mismo demonio, decía el santo, tuviera carne, era imposible que se hubiese entregado a semejantes torpezas.

Para mantenernos castos necesitamos también huir del ocio, del que dice el Espíritu Santo que es maestro de muchos pecados: «La ociosidad enseña muchas maldades». El ocio fue causa de nefandos crímenes en los



habitantes de Sodoma y, finalmente, de su ruina total. Esta misma fue la causa, como nota San Bernardo, de la caída de Salomón; y en el mundo actual vemos por todas partes los estragos que está causando. El trabajo, dice San Isidoro, amortigua el fuego de la concupiscencia; y por esto San Jerónimo exhortaba a Rústico a obrar de modo que el demonio le hallara siempre ocupado cuando llegara a tentarlo. Escribe San Buenaventura que quien se halla ocupado será tentado de un solo demonio, mientras que el ocioso será frecuentemente tentado por muchos. Es preciso impedir la ociosidad cumpliendo fielmente con nuestros deberes profesionales y otros trabajos sanos; pues la ociosidad es madre de muchos vicios.

Además, para defendernos del demonio, hemos de evitar la compañía de aquellas personas que pueden inducirnos al mal. Los hermanos de Santo Tomás de Aquino, viendo con malos ojos que su hermano se consagraba a Dios, a fin de estorbar su propósito le encerraron en un castillo e hicieron entrar allí una mujer de mala vida para que intentase corromperle. Viéndose en tal apuro por la desvergüenza de aquella malvada criatura, tomó un

tizón encendido, y con él la arrojó de su aposento, para pública vergüenza de ella. A la vista del peligro a que había estado expuesto, oró con tan copioso llanto, que Nuestro Señor le concedió el precioso don de quedar confirmado en la gracia de la castidad. También San Benito, cuando el demonio le puso ante la imaginación a una mujer que antes había conocido, se revolcó entre espinas hasta quedar cubierto de llagas para así vencer la tentación.



Ved lo que hizo San Jerónimo para poder conservar la pureza; abandonarse en el desierto a todos los rigores de la penitencia, a las lágrimas y a las duras maceraciones de su carne. Aquel gran santo nos refiere, además, la victoria alcanzada por el joven y virtuoso Dióscoro, en una lucha quizá única en la historia, en tiempos de la cruel persecución del emperador Decio. Este tirano, después de haber sometido al joven a todas las pruebas que el demonio le inspirara, pensó que, si lograba hacerle perder la pureza del alma, tal vez le conduciría fácilmente a renunciar a su religión. A este objeto mandó que fuese llevado a un jardín de delicias, lleno de rosas y lirios, junto a un riachuelo de aguas cristalinas, bajo la sombra de frondosos árboles agitados por deliciosa y suave brisa. Una vez allí, le pusieron en un lecho de plumas; le ataron con ligaduras de seda, y le dejaron solo. Entonces hicieron que se acercase a él una cortesana, vestida muy rica y provocativamente. Y comenzó a incitarle al mal con toda la impudicia y las provocaciones que la pasión puede inspirar. Aquel pobre joven, que hubiera dado mil veces su vida antes que manchar la pureza de su hermosa alma, se hallaba sin defensa, pues estaba atado de pies y manos. No sabiendo cómo resistir a los ataques de la voluptuosidad, impulsado por el espíritu de Dios, se cortó la lengua con los dientes y la escupió al rostro de aquella mujer; lo cual causó a ésta tanta confusión, que la obligó a huir aterrorizada, y con gran llanto se convierte. Este hecho nos muestra cómo nunca permitirá Dios que seamos tentados más allá de nuestras fuerzas. Mas también este mismo hecho nos advierte de cómo han actuado también los enemigos de la Iglesia en estos últimos años, a fin de destruir la pureza, la religión y la Fe; pues promovieron la vida placentera y las obscenidades que llevaron a la gran apostasía general.

Ved además a San Martiniano, que vivió en el siglo IV. Después de haber vivido veinticinco años en el desierto, se vio expuesto a una ocasión muy próxima de pecar. Había ya consentido de pensamiento y de palabra. Mas Dios le tocó el corazón y acudió en su auxilio. Concibió entonces un tan hondo pesar del pecado que iba a cometer, que, entrando en seguida en su celda, encendió fuego, y puso en él sus pies. El dolor que experimentaba y el remordimiento del pecado le hacían exhalar horribles gritos. Zoé, la mujer malvada, que había ido allí a tentarle, al oír los gritos corrió para ver lo que sucedía; y quedó tan conmovida ante aquel espectáculo, que, lejos de pervertir al santo, ella se convirtió, y pasó el resto de su vida en las lágrimas y en la penitencia. En cuanto a San Martiniano, permaneció siete meses echado en el suelo sin poder moverse, a causa de las heridas de sus pies. Una vez curado, se retiró a otro desierto, donde lloró, pensando en el peligro que había corrido de perder su alma.

Aquí veis lo que hacían los santos; aquí veis los tormentos a que se sometieron antes que perder la pureza de su alma, y tal vez eso os extrañe; mas lo que debería extrañaros es la poca estima en que tenéis tan hermosa virtud. ¡Ay! ¡Tan deplorable desdén proviene de no conocer su verdadero valor!

Acabamos de ver cómo es preciso huir de las ocasiones y de la ociosidad para conservar la castidad; dijimos antes que además debemos mortificarnos.

En primer lugar hay que ejercitarse en la mortificación de los sentidos. «Se engaña – dice San Jerónimo – quien quiere vivir en medio de los placeres y quiere estar libre de los vicios de los placeres». Cuando el Apóstol estaba atormentado por los estímulos de la carne, acudía al remedio de mortificaciones corporales: «Yo castigo mi cuerpo y lo reduzco a la servidumbre del espíritu» (1 Cor). Cuando la carne no está mortificada, difícilmente obedece al espíritu. Y el Cantar de los Cantares dice: «Como azucena entre espinas es mi Esposa Virgen entre las vírgenes». La castidad se conserva en medio de las mortificaciones como el lirio se conserva entre las espinas.

Para conservar la pureza hay que abstenerse primeramente de toda la intemperancia de la gula, tanto en la bebida cuanto en la comida. «Lujuriosa cosa es el vino». Quien abusa del vino, ciertamente será molestado de no pocos movimientos sensuales, de suerte que le será difícil dominar su carne y conseguir conservar la castidad. Los vapores de la lujuria se elevan del vientre recalentado por el vino, decía San Jerónimo, porque el vino hace que el hombre pierda la razón y lo convierte en bruto. El Ángel Gabriel dijo del Bautista: «No beberá vino, ni otra cosa que pueda embriagarle, y será lleno del Espíritu Santo». Habrá quienes aduzcan la necesidad del vino por la debilidad

estomacal. Está bien; pero para remediar al estómago no se necesita mucho vino, como decía el Apóstol a Timoteo: «Procura con el agua tomar también un poco de vino a causa de tu estómago y demás frecuentes enfermedades».

Hay que abstenerse también de todo exceso en la comida. Decía San Jerónimo que el vientre repleto es causa de impurezas. Y San Buenaventura, que la gula es alimento de la lujuria. Por el contrario, la Iglesia nos enseña que el ayuno reprime los vicios, eleva la mente y produce las virtudes. Escribe Santo Tomás que cuando el demonio tienta a una persona de gula y ésta lo vence, desiste de tentarla con la impureza.

Además hay que ejercitarse en la humildad. La humildad de corazón nos mantiene en un estado de confianza en la Gracia de Dios y desconfianza en nosotros mismos. Según Casiano, quien no es humilde no puede ser casto. A menudo castiga Dios a los orgullosos permitiendo que caigan en fealdades; ésta fue la causa de la caída de muchos. «Por medio de la humildad se alcanza la castidad», decía San Bernardo. Y San Agustín dijo antes: «el amor divino es el guardián de la pureza, y la humildad es la casa en que habita este guardián». Decía San Juan Clímaco que el que se esfuerza por vencer la carne solamente con la continencia se asemeja a quien, caído en el mar, quisiera salvarse nadando con una sola mano; por lo que se impone que a la continencia se añada la humildad. ¡Cuán queridas son para María las almas humildes! Escribe San Bernardo: La Virgen conoce y ama a los que la aman, y está cerca de los que la invocan; sobre todo a los que ve semejantes a Ella en la castidad y en la humildad. Por lo cual el santo exhorta a los que aman a María a que sean humildes: ‘Esforzaos por practicar esta virtud si amáis a María.’ El Padre Martín Alberto, jesuita, por amor a la Virgen solía barrer la casa y recoger la basura, y se le apareció la Virgen que, agradeciéndole, le dijo: ‘Cómo me agrada esta obra realizada por amor mío.’

Los dos remedios principales y más necesarios contra el vicio deshonesto son huir de las ocasiones, en toda la extensión que hemos visto hasta aquí, y la oración. Decimos que la castidad no se puede alcanzar ni conservar si



Dios no concede su ayuda; y Dios concede su ayuda sólo a quien se la pide. Es decir, la oración frecuente es absolutamente necesaria para alcanzar y conservar la virtud de la castidad, pues sin el auxilio divino nadie puede ser casto.

Dicen los más renombrados santos Padres de la Iglesia que la oración de petición, es decir, la plegaria, es necesaria a los adultos para alcanzar la salvación, como dicen las Escrituras: «es menester orar siempre y nunca desfallecer»; «Pedid, y se os dará». Por eso dijo luego el Doctor Angélico, Santo Tomás de Aquino: «Después del Bautismo, el hombre necesita orar, y orar continuamente». Y si para ejercitar cualquier virtud se necesita la ayuda divina, para conservar la castidad se necesita una ayuda mayor, debido a la tendencia del hombre al vicio contrario. El hombre no puede, con sus fuerzas, escribe Casiano, conservarse casto prescindiendo de la ayuda de Dios; por lo que en la lucha tiene que pedirlo al Señor de todo corazón. Por eso aconsejaba San Cipriano que el primer medio para alcanzar la castidad es reclamar la ayuda de Dios. Entendiendo que de otro modo no la alcanzaremos, si no es que Dios nos la da, acudamos al Señor y roguémosle de todo corazón.

Tengamos presente que esta virtud viene del cielo y que jamás llegaremos a obtenerla si no la pedimos a Dios. Debemos, pues, suplicar a Dios con frecuencia que nos dé la pureza en los ojos, en las palabras y en las acciones. Persuadámonos de que por nosotros mismos no tenemos fuerzas para resistir a las tentaciones de la carne; esta fuerza nos la ha de conceder Dios, pero Dios no la concede más que a aquellos que rezan y se la piden. La única muralla contra estas tentaciones, dice San Gregorio Niseno, es la oración.

Nos advierte San Cipriano que a los primeros cosquilleos sensuales con que nos asalte el demonio debemos resistir prontamente, sin consentir que la serpiente, es decir la tentación, de pequeña se haga mayor. Lo mismo advierte San Jerónimo: «Guardaos de dejar crecer el pensamiento peligroso; como aún es enemigo pequeño, dadle muerte». Al león se le mata fácilmente cuando es pequeñito, y difícilmente si es mayor.

Bien sabéis que el vicio de la lujuria, en cualquiera de sus formas, es una gravísima ofensa a Dios, y que además acarrea desastrosas consecuencias de todo tipo. Vosotros, los jóvenes palmarianos, debéis amar y poseer la pureza como joya preciosísima y valiosísima. Luchad firmemente contra el vicio con la virtud opuesta, apartándoos con rapidez de las ocasiones de pecado y sometiendo vuestro cuerpo a disciplina. Bien es verdad que, en la juventud, es más difícil someter al espíritu los movimientos concupiscentes de la carne, pero siempre es posible con la gracia de Dios. Todos los santos fueron también de carne y hueso, sujetos a los impulsos concupiscentes, pero los vencieron con el auxilio divino luchando contra ellos. La santa castidad se alcanza con la oración, la penitencia, la vigilancia, el esfuerzo personal y la práctica continuada de la pureza. El que lucha valientemente contra la lujuria, al final gana la batalla. Y si por desgracia alguna vez caéis, acudid con prontitud al Sacramento de la Penitencia, para recobrar la

gracia y recibir nuevas fuerzas para seguir luchando. ¡Nunca hay que desanimarse! ¡Siempre adelante en el combate! El que por desánimo ante las caídas abandona la lucha, quedará sometido a la esclavitud del vicio. Es muy meritorio luchar tenazmente rechazando las tentaciones con el auxilio de la gracia. Pero hay que rechazarlas con prontitud en sus comienzos, sin permitirles ninguna entrada.

En los días de Moisés, el perverso profeta Balaán conspiró, con su satánica astucia, contra la Iglesia Santa del Pueblo de Israel, y dijo a los reyes enemigos qué artilugio debían usar para atraer la maldición de Dios sobre el Pueblo de Israel, y así vencerle. Balaán aconsejó a esos enemigos, que las mujeres de sus territorios fuesen al campamento de los soldados del Pueblo de Dios para corromperlos, ya que los israelitas eran invencibles mientras se conservaran fieles al Señor; mas, introduciendo entre ellos la corrupción y la idolatría, el Señor les retiraría su ayuda y serían vencidos. Este perversísimo consejo, produjo sus funestos resultados para los israelitas, ya que admitieron en su campamento a unas mujeres que, con pretexto de venderles víveres, los indujeron a las impurezas. El malvado consejo de Balaán dio tan lamentables frutos de perversidad, que muchos varones israelitas estuvieron pecando con aquellas mujeres durante varios meses. Mas, Dios, dejando caer su Santa Ira contra los israelitas pecadores, les envió una enfermedad que causó la muerte a unos cien mil varones.

Esa misma perversa táctica de corromper, fue usada por los enemigos de Dios para llevar la Iglesia a la ruina en el siglo 20, y produjo la apostasía de Roma. Pero la guerra no ha terminado allí sino que, con la misma perversidad, siguen intentando corromper a los pocos que quedan en la Santa Iglesia, por lo que tenéis que escudaros bien: vigilad y orad. Tened muy en cuenta que los esfuerzos de todo el infierno y sus secuaces están dirigidos contra la Santa Iglesia Palmariana, ahora tan reducida, y que ellos pretenden vencernos por ese punto débil de la naturaleza humana.

A semejanza de aquellos héroes del Alcázar de Toledo en 1936, que recibieron las alabanzas de San Francisco Franco y el agradecimiento de España, nosotros debemos resistir con intrepidez hasta el último suspiro en el ejercicio de las virtudes para recibir parecidas alabanzas de Nuestra Santa Madre, la Iglesia: «Vuestro ejemplo perdurará a través de las generaciones, porque habéis sabido sostener con vuestro denodado esfuerzo las glorias de la Iglesia, donde os hicisteis fuertes. La Iglesia os debe a todos eterno reconocimiento, y merecéis su gratitud por vuestro heroísmo. La Historia es pequeña para la grandeza de vuestros hechos. Habéis ensalzado y encumbrado a la Iglesia, dándole gloria inmarcesible».

Guardémonos, pues, en esta materia de ponernos a razonar con la tentación, y rechacémosla prontamente sin detenernos a discutir. Como enseñan los maestros de la vida espiritual, el mejor medio de vencer las tentaciones sensuales no es combatir directamente y cara a cara con el mal pensamiento, haciendo que la voluntad produzca actos contrarios, sino sacudir el pensamiento indirectamente con actos de amor a Dios o de contrición, o, al menos, apartando el pensamiento a otra cosa.

El medio con que a la sazón hemos de contar, sobre todo, es la oración y el recurso a Dios; entonces, a los primeros asaltos impuros, es bueno renovar el firme propósito de morir antes que pecar; e inmediatamente recurramos a las Llagas de Jesucristo, reclamando su ayuda. Así obraron los santos, que a pesar de ser de carne y tener tentaciones, salían vencedores. Cuando se nos ofrezca algún pensamiento vergonzoso, decía San Agustín, recurramos a las Llagas de Jesucristo, porque en ellas se halla descanso y seguridad. También Santo Tomás de Aquino venció así el asalto de la joven impura exclamando: ‘No me abandonéis, Señor Jesús, ni Vos, Santísima Virgen María.’

Asimismo es de gran provecho entonces hacer la señal de la cruz, encomendarse al ángel custodio y, sobre todo, acudir a Jesucristo y a su divina Madre, invocando prontamente sus santísimos nombres hasta que sea vencida la tentación. ¡Qué fuerza encierran los nombres de Jesús, de María y de José contra los ataques deshonestos!

En El Palmar, la Santísima Virgen María dijo: «Así me gusta, hijos míos, que tengáis devoción a mi castísimo Esposo que, como Padre de la Iglesia que es, es vuestro Padre, al cual le debéis devoción; pero que la devoción no se quede en una simple oración, sino que le imitéis en su castidad, en su pobreza, en su humildad y en su obediencia». Y el Santísimo José advirtió: «Se aproximan días en que el dragón infernal zarandeará y cribará por doquier, en todo momento y lugar. Pero acudid a Mí como abogado vuestro y de seguro Satán perderá fuerzas. Pedid especialmente la castidad, la pureza. ¡Oh, hijitos míos: Limpiad el mundo con vuestro testimonio!»

Hasta ahora hemos visto la importancia de huir de todas y de todo tipo de ocasiones y la importancia de la oración. Hemos dicho, en tercer lugar, que, si queremos conservar esa hermosa virtud, debemos recibir a menudo y dignamente los Santos Sacramentos; de lo contrario, jamás alcanzaremos tal dicha.

Jesucristo no sólo instituyó el Sacramento de la Penitencia a fin de perdonarnos los pecados, sino además para darnos fuerzas con qué combatir al demonio. Lo cual se comprende fácilmente. ¿Quién será, en efecto, que habiendo hecho hoy una buena Confesión, se dejará vencer por las tentaciones? El pecado, con todo el placer que

encierra, le causaría horror. ¿Quién habrá que, al poco tiempo de haber comulgado, pueda consentir, no digo ya en un acto impuro, sino tan solo en un mal pensamiento? Jesús, que mora entonces en su corazón, le hace muy bien comprender lo infame que es ese pecado, y cuánto le desagrade y cuánto le aparta de Él. El cristiano que frecuenta santamente los Sacramentos podrá ser tentado, pero difícilmente pecará. En efecto, cuando tenemos la gran dicha de recibir el Cuerpo adorable de Jesucristo, ¿no sentimos extinguirse en nuestro corazón el fuego impuro? La Sangre adorable que corre por nuestras venas, ¿qué menos hará que purificar nuestra sangre? La Carne sagrada que se mezcla con la nuestra, ¿no la diviniza en cierta manera? ¿No parece nuestro cuerpo retornar a aquel primer estado en que se hallaba Adán antes de pecar? ¡Esa Sangre adorable que engendró tantas vírgenes! La Comunión frecuente, llenándonos de la vida divina, disminuye la inclinación al mal.

Tengamos por cierto que, dejando de frecuentar los Sacramentos, a cada momento caeremos en pecado. La Confesión frecuente purifica el alma y la fortalece contra las caídas. Pero es de advertir que, cuando se trata del vicio de la lujuria, hay mucho peligro de cometer sacrilegios en la Confesión, o por tener vergüenza de confesarlo con sinceridad, o porque falta el firme propósito de enmendarse y evitar las ocasiones. Para no caer en esto, os recomendamos que volváis a leer ese precioso librito «¡Confesaos bien!» Allí se destaca la importancia de las buenas Confesiones para alcanzar y conservar la pureza.



Refiere el Padre Jesuita Juan Bautista Manni que hubo una señora que, por muchos años, cuando se confesaba había callado un pecado contra la honestidad. Pasaron por aquel lugar dos religiosos dominicos; y ella, que siempre esperaba un confesor forastero, rogó a uno de ellos que la oyese, y se confesó. Luego que hubieron partido los Padres, el compañero dijo a aquel confesor haber visto que mientras aquella señora se confesaba salían muchas culebras de su boca, y que una serpiente enorme había dejado ver fuera su cabeza, mas de nuevo había entrado dentro, y entonces vio entrar tras ella todas las culebras que habían salido. Y sospechando el confesor lo que aquello significaba, volvió al pueblo y a la casa de aquella señora, y oyó decir que al momento de entrar en la sala había muerto de repente. Después, estando en oración se le apareció aquella infeliz mujer condenada, la cual le dijo: ‘Yo soy aquella desdichada que vos confesasteis; yo tenía un pecado que no quería divulgar a confesores del país; Dios os trajo sin duda a mí, pero yo me dejé vencer de la vergüenza. Dios me envió una muerte repentina al entrar en mi casa, y justamente me ha condenado al infierno.’ Dicho esto, se abrió la tierra en la que se la vio hundir, y desapareció la visión.

Para conservar la castidad es provechosísimo acudir siempre en las tentaciones a la Divina María. Entre todas las devociones, las más efectivas son las dedicadas a la Reina de las Vírgenes y Madre Castísima, pues en Ella está toda esperanza de vida y de virtud; y también hay que acudir a su Castísimo Esposo San José, llamado “Joseph castissime, Fortitúdo castórum, y Custos víginum.”

La Santísima Virgen María es llamada: «Madre del Amor hermoso, Paloma Purísima, y guardiana de la virginidad»; y, una práctica eficacísima es rezar cada día, al levantarse y al acostarse, tres avemarías en honor de la pureza de María Santísima. Cuenta el Padre Sñeri que un día fue a confesarse con el Padre Nicolás Zucchi, de la Compañía de Jesús, cierto pecador sumido en el fango de la impureza; el padre le recomendó que todas las mañanas, al levantarse, y todas las noches, al acostarse, se encomendara a la pureza de la Santísima Virgen con el susodicho rezo de las tres avemarías. Pasados muchos años, el pecador, después de haber recorrido el mundo, volvió a las plantas del citado padre, y en la confesión demostró que se había corregido del todo. Le preguntó el padre cómo había logrado tan hermoso cambio, y el antiguo pecador respondió que fue debido a la insignificante devoción de las tres avemarías. El Padre Zucchi, con permiso del penitente, contó cierto día, desde el púlpito, lo acontecido. Lo oyó un soldado que vivía, a la sazón, vida de pecado y empezó a practicar la devoción de las tres avemarías, cuando he aquí que, con la ayuda de la Madre de Dios, dejó la mala ocasión. Un día, sin embargo, movido de falso celo, fue a ver a la mujer, con ánimo de convertirla; pero, al intentar entrar en la casa de ella, sintió un fuerte empujón y se vio trasladado lejos. Entonces conoció, y agradeció a su Bienhechora, que el haberle impedido hablar con la mujer era una gracia especial alcanzada por María Santísima, pues de haberse puesto nuevamente en la ocasión habría fácilmente caído.

Acudid a la Santísima Virgen María, cuyo socorro es eficacísimo para vencer las sugerencias e instigaciones de Satanás y doblegar las rebeliones de la carne. El que encomienda su pureza a la Virgen María y la invoca con confianza, sobre todo en las tentaciones, tiene el triunfo asegurado. Confíad la pureza a Nuestra Madre Celestial y veréis los eficaces resultados. ¡Qué hermosa es la pureza en la juventud! La castidad tiene la gloria, el valor y el

mérito del martirio, y hace al hombre semejante a los ángeles. La castidad produce la paz interior y la alegría propia del triunfo.

¡Cuánto enfurece al demonio ver a un alma que persevera en la devoción a la Madre de Dios! Se lee en la vida del Padre Alfonso Álvarez, muy devoto de María, que estando en oración y muy angustiado por las tentaciones impuras con las que le acosaba el demonio, éste le dijo: “Deja esa devoción a María y yo dejaré de tentarte.” El Padre Santi, franciscano, acudió a María en una tentación impura, y se le apareció al instante la Virgen, le puso la mano en el pecho, y se vio libre de todo peligro. En semejantes casos es buena técnica besar el escapulario o el rosario, o tenerlos en la mano, o mirar y besar alguna imagen de la Virgen. Añade San Pedro Crisólogo, que el nombre de María es indicio de castidad; queriendo decir que quien duda si habrá pecado en las tentaciones impuras, si recuerda haber invocado el nombre de María, tiene una señal cierta de no haber quebrantado la castidad.

Insistimos, que debemos profesar una ferviente devoción a la Santísima Virgen María, si queremos conservar esta hermosa virtud; de lo cual no nos ha de caber duda alguna, si consideramos que Ella es la Reina, el Modelo y la Patrona de las vírgenes. San Ambrosio llama a la Santísima Virgen Señora de la Castidad; San Epifanio la llama Princesa de la Castidad, y San Gregorio, Reina de la Castidad. Y en las Letanías es llamada Mater Purísima, Mater Castísima, y Mater Invioláta, en alabanza de su castidad.

Se refiere que en una ciudad de Inglaterra, en el año 1430, vivía un joven noble llamado Ernesto, quien habiendo distribuido sus bienes entre los pobres entró en un monasterio, donde llevaba una vida tan edificante que los superiores lo apreciaban sobremanera, especialmente por su devoción a la Santísima Virgen. En la población se declaró la peste, y la gente acudió al monasterio pidiendo oraciones. El abad mandó a Ernesto que fuera a rogar ante el altar de la Santísima Virgen María y no se levantase de allí hasta que hubiera obtenido una respuesta de esta excelsa Señora. Allí estuvo el joven tres días hasta que obtuvo la respuesta de María Santísima que mandaba hicieran rogativas, celebradas las cuales cesó la peste. Pero más tarde este joven se enfrió en la devoción a la Virgen María. El demonio lo atacó con muchas tentaciones impuras y para que se fugara del monasterio. Por no haberse encomendado a la Divina María, decidió fugarse saltando los muros del monasterio. Cuando iba a realizar su intento, al pasar junto a una imagen de María Santísima que estaba en el claustro, la Madre de Dios le habló, diciéndole: “Hijo mío, ¿por qué me dejas?” Ernesto, confuso y compungido, cayó en tierra y respondió: “Señora, pero ¿no ves que no puedo resistir más? ¿Por qué no me ayudas?” La Virgen le respondió: ‘¿Y tú por qué no me has invocado? Si te hubieras encomendado a mí, no te verías en este estado. De hoy en adelante encomiéndate a Mí y no dudes.’ Ernesto volvió a su celda. Pero insistiendo las tentaciones y descuidando el acudir a María Virgen, al fin se fugó del monasterio, entregándose a una vida pésima. De pecado en pecado se convirtió en asesino. Tomó en arriendo una posada donde, por la noche, mataba a los pobres viajeros y los despojaba. Una noche mató a un primo del gobernador, el cual, sospechando del mesonero, mandó detenerlo. Antes de que fuera detenido llegó a la hostería un joven caballero. El malvado mesonero, según su costumbre, entró a medianoche en su habitación para asesinarlo; pero he aquí que en la cama no vio al caballero, sino un crucificado lleno de llagas que, mirándolo piadosamente, le dijo: “¿No te basta, ingrato, con que yo haya muerto una vez por tí? ¿Quieres volver a matarme? ¡Puedes hacerlo!” El infeliz Ernesto se postró llorando y dijo: “Señor, aquí me tienes; ya que has tenido conmigo tan gran misericordia, quiero convertirme.” En el mismo instante abandonó la posada y emprendió el camino del claustro para hacer penitencia. Pero por el camino lo prendió la justicia; lo llevaron ante el juez, donde confesó todos sus crímenes. Inmediatamente fue condenado a la horca, sin darle tiempo ni a confesarse. Él se encomendó a María, y la Santísima Virgen hizo que cuando lo colgaron no muriese. Ella misma lo bajó de la horca y le dijo: “Torna al monasterio, haz penitencia; y cuando veas en mi mano un documento de perdón de tus pecados, prepárate a la muerte.” Ernesto volvió al convento y, habiendo contado todo al abad, hizo penitencia. Pasados los años, vio en las purísimas manos de María la cédula del perdón. Se preparó a la muerte y santamente entregó su alma al Creador.

¿Podremos abrigar duda alguna de que nunca dejará de concedernos cuantas gracias le pidamos, a nosotros que estamos aún en la tierra, lugar propicio para la misericordia del Hijo y para la compasión de la Madre? Siempre que tengamos que pedir una gracia a Dios, dirijámonos a la Virgen Santísima, y con seguridad seremos escuchados. ¿Queremos salir del pecado?, acudamos a María; Ella nos tomará de la mano y nos conducirá a la presencia de su divino Hijo para recibir de Él el perdón. ¿Queremos perseverar en el bien?, dirijámonos a la Madre de Dios; Ella nos cobijará bajo su manto protector, y contra nosotros nada podrá el infierno. ¿Queréis de ello una prueba? Se lee en la vida de Santa Justina que cierto joven sintió por ella vehemente amor; y viendo que nada podía obtener con sus súplicas, acudió a un sujeto llamado Cipriano de Antioquía, el cual tenía tratos con el demonio. Le prometió una cantidad de dinero para el caso de que lograrse hacer que Justina consintiese en lo que él deseaba. Al momento la joven se sintió fuertemente tentada contra la pureza; mas ella acudió en seguida a la protección de la Virgen

Santísima, y con ello lograba siempre ahuyentar al demonio. El joven aquel preguntó a Cipriano por qué no podía ganar a la doncella, y éste a su vez se dirigió al demonio y le echó en cara su escaso poder en aquel caso, cuando en otros parecidos había siempre satisfecho sus designios. El demonio le contestó: ‘Es verdad, pero ello es porque la joven acude a la Madre de Dios, y en cuanto comienza a orar, pierdo todas mis fuerzas y no puedo ya nada.’ Admirado Cipriano, al ver que quien recurre a la Santísima Virgen resulta tan terrible al mismo infierno, se convirtió y murió santo y mártir.

Terminaremos diciendo que, si queremos conservar la pureza de alma y cuerpo, debemos mortificar la imaginación; nunca hemos de permitir que nuestro espíritu divague pensando en aquellos objetos que nos llevan al mal, y poner también mucho cuidado en no ser para los demás ocasión de pecado, ya con nuestras palabras, ya con la manera de vestirnos: esto principalmente referente a las mujeres. Si nos ocurre hallarnos ante una mujer indecentemente vestida, debemos apartar en seguida nuestra vista, y no hacer como aquellos desgraciados que con mirada impúdica fijan en ella sus ojos tanto tiempo cuanto le place al demonio. Hemos de mortificar nuestros oídos: nunca debemos oír con gusto palabras ni canciones ni chistes inmundos, porque son graves ofensas a Dios. Dios mío, ¿cómo se explica que tantos padres y madres, tantos amos y señoras, en los festejos o en los trabajos, oigan sin protesta las más infames canciones, vean cometer actos que escandalizarían a los paganos, sin que se resuelvan a impedirlos, bajo el pretexto de que son bagatelas? ¡Ah, desgraciados; cuántos pecados habrán cometido por vuestra culpa vuestros hijos y familiares!

«Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios». ¡Cuán dichosos los que tienen la fortuna de poseer esta hermosa virtud! ¿No son ellos los amigos de Dios, los preferidos de los ángeles, los hijos mimados de la Santísima Virgen? Pidamos frecuentemente a Dios, por intercesión de nuestra Santísima Madre, que nos dé un alma y un corazón puros, y un cuerpo casto; y así tendremos la dicha de agradar a Dios en esta vida, y poder glorificarle durante la eternidad.

Así lo hizo la Mártir de la Pureza Santa María Goretti, que prefirió morir antes que cometer un pecado contra la pureza, como veréis en su ejemplar vida:

Santa María Goretti (6 de julio) nació el 16 de octubre de 1890, en Corinaldo, provincia de Ancona, Italia. Fue hija de Luigi Goretti y Assunta Carlini, tercera de siete hijos de una familia pobre de bienes terrenales pero rica en fe y virtudes, cultivadas por medio de la oración en común, rosario todos los días y los domingos Misa y sagrada Comunión. Al día siguiente de su nacimiento fue bautizada y consagrada a la Virgen. A los seis años recibió el sacramento de la Confirmación.



Después del nacimiento de su cuarto hijo, Luigi Goretti, por la dura crisis económica por la que atravesaba, decidió emigrar con su familia a las grandes llanuras de los campos romanos,

todavía perjudiciales para la salud en aquella época. Se instaló en Ferriere di Conca, poniéndose al servicio del conde Mazzoleni. Es aquí donde María muestra claramente una inteligencia y una madurez precoces, y que en ella no existía ninguna pizca de capricho, ni de desobediencia, ni de mentira. Es realmente el ángel de la familia.

Tras un año de trabajo agotador, Luigi contrajo una enfermedad infecciosa y fulminante, el paludismo o malaria, que lo llevó a la muerte después de padecer diez días.



Como consecuencia de la muerte de Luigi, Assunta tuvo que trabajar dejando la casa a cargo de los hermanos mayores. María lloraba a menudo la muerte de su padre, y aprovecha cualquier ocasión para arrodillarse delante de su tumba, para elevar a Dios sus plegarias para que su padre goce de la gloria divina.

Junto a la labor de cuidar de sus hermanos menores, María seguía rezando y asistiendo a sus cursos de catecismo. Posteriormente, su madre contará que el rosario le resultaba necesario y, de hecho, lo llevaba siempre enrollado alrededor de la muñeca. Así como la contemplación del crucifijo, que fue para María una fuente donde se nutría de un intenso amor a Dios y de un profundo horror por el pecado.



María desde muy chica anhelaba recibir la Sagrada Eucaristía. Según era costumbre en la época, debía esperar hasta los once años, pero un día le preguntó a su madre: – ‘Mamá, ¿cuándo tomaré la Comunión? Quiero a Jesús.’ – ‘¿Cómo vas a tomarla, si no te sabes el catecismo? Además, no sabes leer, no tenemos dinero para comprarte el vestido, los zapatos y el velo, y no tenemos ni un momento libre.’ – ‘¡Pues nunca podré tomar la Comunión, mamá! ¡Y yo no puedo estar sin Jesús!’ – ‘Y, ¿qué quieres que haga? No puedo dejar que vayas a comulgar como una pequeña ignorante.’ Ante estas condiciones,

María se comenzó a preparar con la ayuda de una persona del lugar, y todo el pueblo la ayuda proporcionándole el traje de Primera Comunión. De esta manera, recibió la Eucaristía el 29 de mayo de 1902. La Comunión constante acrecienta en ella el amor por la pureza y la anima a tomar la resolución de conservar esa angélica virtud a toda costa. Un día, tras haber oído un intercambio de frases deshonestas entre un muchacho y una de sus compañeras, le dice con indignación a su madre: – ‘Mamá, ¡qué mal habla esa niña!’ – ‘Procura no tomar parte nunca en esas conversaciones.’ – ‘No quiero ni pensarlo, mamá; antes que hacerlo, preferiría...’ Y la palabra ‘morir’ queda entre sus labios. Un mes después, sucedería lo que ella sentenció.

Al entrar al servicio del conde Mazzoleni, Luigi Goretti se había asociado con Giovanni Serenelli y su hijo Alessandro. Las dos familias viven en apartamentos separados, pero la cocina es común. Luigi se arrepintió enseguida de aquella unión con Giovanni Serenelli, persona muy diferente de los suyos, bebedor y carente de discreción en sus palabras.

Después de la muerte de Luigi, Assunta y sus hijos habían caído bajo el yugo despótico de los Serenelli. María, que ha comprendido la situación, se esfuerza por apoyar a su madre: – ‘Ánimo, mamá, no tengas miedo, que ya nos hacemos mayores. Basta con que el Señor nos conceda salud. La Providencia nos ayudará. ¡Lucharemos y seguiremos luchando!’



Desde la muerte de su marido, Assunta siempre está en el campo y ni siquiera tiene tiempo de ocuparse de la casa, ni de la instrucción religiosa de los más pequeños. María se encarga de todo, en la medida de lo posible. Durante las comidas, no se sienta a la mesa hasta que no ha servido a todos, y para ella misma sirve las sobras. Su obsequiosidad se extiende igualmente a los Serenelli. Por su parte, Giovanni, cuya esposa había fallecido en el hospital psiquiátrico de Ancona, no se preocupa para nada de su hijo Alessandro, joven robusto de diecinueve años, grosero y vicioso, al que le gusta empapelar su habitación con imágenes obscenas y leer libros indecentes. En su lecho de muerte, Luigi Goretti había presentado el peligro que la compañía de los Serenelli representaba para sus hijos, y había repetido sin cesar a su esposa: – ‘¡Assunta, regresa a Corinaldo!’ Por desgracia Assunta está endeudada y comprometida por un contrato de arrendamiento.

Después de tener mayor contacto con la familia Goretti, Alessandro comenzó a hacer proposiciones deshonestas a la inocente María, que en un principio no comprende. Más tarde, al adivinar las intenciones perversas del muchacho, la joven está sobre aviso y rechaza la adulación y las amenazas. Suplica a su madre que no la deje sola en casa, pero no se atreve a explicarle claramente las causas de su pánico, pues Alessandro la ha amenazado: – ‘Si le cuentas algo a tu madre, te mato.’ Su único recurso es la oración. La víspera de su muerte, María pide de nuevo llorando a su madre que no la deje sola, pero, al no recibir más explicaciones, ésta lo considera un capricho y no concede ninguna importancia a aquella reiterada súplica.

El 5 de julio, a unos cuarenta metros de la casa, están trillando las habas en la tierra. Alessandro lleva un carro arrastrado por bueyes. Lo hace girar una y otra vez sobre las habas extendidas en el suelo. Hacia las tres de la tarde, en el momento en que María se encuentra sola en casa, Alessandro dice: – ‘Assunta, ¿quiere hacer el favor de llevar un momento los bueyes por mí?’ Sin sospechar nada, la mujer lo hace. María, sentada en el umbral de la cocina, remienda una camisa que Alessandro le ha entregado después de comer, mientras vigila a su hermanita Teresina, que duerme a su lado. – ‘¡María!,’ grita Alessandro. – ‘¿Qué quieres?’ – ‘Quiero que me sigas.’ – ‘¿Para qué?’ – ‘¡Sígueme!’ – ‘Si no me dices lo que quieres, no te sigo.’



Ante semejante resistencia, el muchacho la agarra violentamente del brazo y la arrastra hasta la cocina, atrancando la puerta. La niña grita, pero el ruido no llega hasta el exterior. Al no conseguir que la víctima se someta, Alessandro la amordaza y esgrime un puñal. María se pone a temblar pero no sucumbe. Furioso, el joven intenta con violencia arrancarle la ropa, pero María se deshace de la mordaza y grita: – ‘No hagas eso, que es pecado... Irás al infierno.’ Poco cuidadoso del juicio de Dios, el desgraciado levanta el arma: – ‘Si no te dejas, te mato.’ Ante su resistencia, la atraviesa a cuchilladas. La niña se pone a gritar: – ‘¡Dios mío! ¡Mamá!,’ y cae al suelo.

Creyéndola muerta, el asesino tira el cuchillo y abre la puerta para huir, pero, al oír la gemir de nuevo, vuelve sobre sus pasos, recoge el arma y la traspasa otra vez de parte a parte; después, sube a encerrarse a su habitación. María recibió catorce heridas graves y quedó inconsciente. Al recobrar el conocimiento,

llama al señor Serenelli: – ‘¡Giovanni! Alessandro me ha matado... Venga.’ Casi al mismo tiempo, despertada por el ruido, Teresina lanza un grito estridente, que su madre oye. Asustada, le dice a su hijo Mariano: – ‘Corre a buscar a María; dile que Teresina la llama.’

En aquel momento, Giovanni Serenelli sube las escaleras y, al ver el horrible espectáculo que se presenta ante sus ojos, exclama: – ‘¡Assunta, y tú también, Mario, venid!’ Mario Cimarelli, un jornalero de la granja, trepa por la escalera a toda prisa. La madre llega también: – ‘¡Mamá!’ gime María. – ‘¡Es Alessandro, que quería hacerme daño!’ Lllaman al médico y a los guardias, que llegan a tiempo para impedir que los vecinos, muy excitados, den muerte a Alessandro en el acto. Al llegar al hospital, los médicos se sorprendieron de que la niña todavía no haya sucumbido a sus heridas, pues ha sido alcanzado el pericardio, el corazón, el pulmón izquierdo, el diafragma y el intestino. Al diagnosticar que no tiene cura, llamaron al capellán. María se confiesa con toda claridad. Luego, durante dos horas, los médicos la cuidaron sin dormirla.

María no se lamenta, y no deja de rezar y de ofrecer sus sufrimientos a la Santísima Virgen, Madre de los Dolores. Su madre consiguió que le permitan permanecer a la cabecera de la cama. María aún tiene fuerzas para consolarla: – ‘Mamá, querida mamá, ahora estoy bien... ¿Cómo están mis hermanos y hermanas?’

En un momento, María le dice a su mamá: – ‘Mamá, dame una gota de agua.’ – ‘Mi pobre María, el médico no



quiere, porque sería peor para ti’. Extrañada, María sigue diciendo: – ‘¿Cómo es posible que no pueda beber ni una gota de agua?’ Luego, dirige la mirada sobre Jesús crucificado, que también había dicho «¡Tengo sed!» y ella entendió.

El sacerdote también está a su lado, asistiéndola paternalmente. En el momento de darle la Sagrada Comunión, le preguntó: – ‘María, ¿perdonas de todo corazón a tu asesino?’ Ella le respondió: – ‘Sí, lo perdono por el amor de Jesús, y quiero que él también venga conmigo al paraíso. Quiero que esté a mi lado... Que Dios lo perdone, porque yo ya lo he perdonado.’

Pasando por momentos análogos por los que pasó el Señor Jesús en la Cruz, María recibió la Eucaristía y la Extremaunción, serena, tranquila, humilde en el heroísmo de su victoria. Después de breves momentos, se le escucha decir: ‘¡Papá!’ Finalmente, María entra en la gloria inmensa de la Comunión con Dios Amor. Es el día 6 de julio de 1902, a las tres de la tarde. En el juicio, Alessandro, aconsejado por su abogado, confesó: – ‘Me gustaba. La provoqué dos veces al mal, pero no pude conseguir nada. Despechado, preparé el puñal que debía utilizar.’ Por ello, fue condenado a 30 años de trabajos forzados. Aparentaba no sentir ningún

remordimiento del crimen tanto así que a veces se le escuchaba gritar: – ‘¡Anímate, Serenelli, dentro de veintinueve años y seis meses serás un burgués!’ Sin embargo, unos años más tarde, Mons. Blandini, Obispo de la diócesis donde está la prisión, decide visitar al asesino para encaminarlo al arrepentimiento. – ‘Está perdiendo el tiempo, monseñor,’ – afirma el carcelero, – ‘¡es un duro!’

Alessandro recibió al Obispo refunfuñando, pero ante el recuerdo de María, de su heroico perdón, de la bondad y de la misericordia infinitas de Dios, se deja alcanzar por la gracia. Después de salir el Prelado, llora en la soledad de la celda, ante la estupefacción de los carceleros. Después de tener un sueño donde se le apareció María, vestida de blanco en los jardines del paraíso, Alessandro, muy cuestionado, escribió a Mons. Blandini: «Lamento sobre todo el crimen que cometí porque soy consciente de haberle quitado la vida a una pobre niña inocente que, hasta el último momento, quiso salvar su honor, sacrificándose antes que ceder a mi criminal voluntad. Pido perdón a Dios públicamente, y a la pobre familia, por el enorme crimen que cometí. Confío obtener también yo el perdón, como tantos otros en la tierra». Su sincero arrepentimiento y su buena conducta en el penal le devuelven la libertad cuatro años antes de la expiración de la pena. Después, ocupará el puesto de hortelano en un convento de capuchinos, mostrando una conducta ejemplar y será admitido en la orden tercera de San Francisco.

Gracias a su buena disposición, Alessandro fue llamado como testigo en el proceso de beatificación de María. Resultó algo muy delicado y penoso para él, pero confesó: “Debo reparación, y debo hacer todo lo que esté en mi mano para su glorificación. Toda la culpa es mía. Me dejé llevar por la brutal pasión. Ella es una santa, una verdadera mártir. Es una de las primeras en el paraíso, después de lo que tuvo que sufrir por mi causa.”

En la Navidad de 1937, Alessandro se dirigió a Corinaldo, lugar donde Assunta Goretti se había retirado con sus hijos. Lo hace simplemente para hacer reparación y pedir perdón a la madre de su víctima. Nada más llegar ante ella, le pregunta llorando. – ‘Assunta, ¿puedes perdonarme?’ – ‘Si María te perdonó,’ – balbucea, – ‘¿cómo no voy



a perdonarte yo?’ El mismo día de Navidad, los habitantes de Corinaldo se ven sorprendidos y emocionados al ver aproximarse a la Sagrada Comunión, uno junto a otro, a Alessandro y Assunta.

Esta conmovedora historia nos recuerda también cómo la Santísima Virgen María nos acoge a nosotros que, por nuestros pecados, somos los culpables de la muerte de su Divino Hijo, ya que Él también nos perdona.

Hacia el final de su vida, Alessandro Serenelli escribió: «Veo que en mi juventud escogí un mal camino que me llevó a la ruina. Mi comportamiento fue influenciado por malos libros, la prensa, y los malos ejemplos que la mayoría de los jóvenes siguen sin pensarlo; y yo hice lo mismo». Esto nos resalta el peligro de las malas lecturas, y demuestra que llevan a la perdición eterna.

Por eso, en esta Carta Apostólica queremos aclarar el tema del uso correcto de los libros. La Santa Madre Iglesia, como Doctora y Maestra enseña y advierte el peligro y daño que produce la lectura de libros malos. Está escrito en el Derecho Eclesiástico Palmariano que queda permitido comprar, o tener prestados, libros que no tengan obscenidades ni materia de religión, mas no se permiten las novelas; es decir, novelas que contienen obscenidades o amores, o excesos de violencia, terror o crímenes, o en las que aparece la sensualidad y otras inmoralidades; y mucho menos la novela rosa que habla de amoríos. Se prohíbe la lectura de los romances, más dañinos, tal vez, que los mismos libros obscenos, porque, no tan descarados, infunden insensiblemente a los infelices lectores ciertas afecciones malignas que desvanecen su devoción, y después les hacen deslizarse en el pecado: las lecturas vanas, dice San Buenaventura, producen vanos pensamientos y apagan la devoción. Tened en cuenta lo que dijo San Pablo a los efesios: «ni la fornicación ni otro género de impureza, ni la avaricia ni cualquier otro desenfreno, se nombre siquiera entre vosotros, como corresponde a quienes Dios ha hecho santos. Ni tampoco haya entre vosotros palabras torpes, ni necias, ni chanzas ofensivas, sino que vuestras palabras sean para dar gracias a Dios».

Muy recomendables son los libros espirituales palmarianos, como la Historia Eclesiástica y las vidas de los santos. Sin embargo, se permite la lectura de novelas de aventura, cuentos infantiles, y también la novela histórica, en la que se narran hechos, si bien imaginarios, ambientados en circunstancias reales y concretas del pasado. Suelen ser más recomendables los libros que ya han superado la prueba del tiempo, es decir, los que han sido bien recibidos durante siglos o décadas. Pero hay que tener gran vigilancia, porque el mundo actual enaltece a todo lo que sirve para corromper las sanas costumbres. Durante más de cuatro siglos, la Iglesia publicaba el índice de libros prohibidos, un catálogo de los libros perniciosos para la fe, como son los lascivos, blasfemos, heréticos, liberalescos, anticlericales, o de deficiencia moral. La Sagrada Congregación del Índice tenía la obligación de examinar los libros publicados y dictaminar cuáles debían ser prohibidos. Dejaron de publicar este catálogo en el año 1966, cuando los infiltrados ya habían tomado las riendas del Vaticano, lo cual está muy conforme con lo que hace el mundo actual, de dar libertad de prensa y así permitir a los perversos corromper y escandalizar a los demás impunemente. Aquella lista de libros prohibidos incluía buena parte de los novelistas del siglo XIX, y los posteriores son todavía peores. Aunque el Índice sigue siendo moralmente vinculante, y los cristianos han de estar en guardia frente a aquellos escritos perniciosos que pueden poner en peligro la fe y la moral, la Iglesia ya no puede censurar cada publicación, ahora cuando hay unos treinta millones de libros disponibles en el internet, y tantos autores son apóstatas y enemigos de la Santa Religión. Pero en las santas normas tenemos un escudo muy eficaz para defendernos de los ataques de los perversos. Bajo excomunión reservada al Santo Padre, en los libros no puede haber nada en absoluto de obscenidades, pornografías, novelas con historias de amor, o personas muy mal vestidas; bajo la misma pena, están prohibidos todos los libros que tengan materia de religión o contenido violento, o que dé un mensaje agresivo y violento. Tened muy en cuenta que cualquier publicación que es causa de que el lector peque de pensamiento, es escandalosa, y también peca de escándalo el autor y todos los que permiten su lectura. Las santas normas palmarianas son prácticamente lo mismo que aquel índice de libros prohibidos, pero como en la actualidad se atenta contra la fe y la buena moral por medio del cine, la televisión, la moda, el internet, los libros, los colegios, etcétera, el Papa y los padres de familia se ven obligados a prohibir más cosas que antes para así salvar las almas de sus hijos de la corrupción. Que los padres recuerden que su obligación de educar bien a los hijos es muy grave ante Dios. No se puede permitir que sus almas sean envenenadas por unos instrumentos de corrupción que atentan contra Dios, contra la sana Doctrina y contra la Moral católica, y que son propagados por la masonería internacional.

Nos, permitimos la lectura de algunos libros de aventuras, o libros educativos, condescendiendo a los ruegos de algunos que quieren leer por recreo o perfeccionar sus estudios. Pero añadimos la misma advertencia que hicimos sobre los videojuegos: ¿Dónde está la fe de los palmarianos que pasan las horas divirtiéndose? No estamos en la tierra para pasatiempos. ¡Cuántas veces hay que decirlo: Dios nos ha dado el don de la Fe, no para que lo despreciemos viviendo como los paganos, sino para que vivamos santamente!

Mirad que esa lectura, ese pasatiempo, puede ser peligroso. Los deseos sensuales nos llevan a pasatiempos; mas pasada aquella hora, ¿qué nos queda sino pesadumbre de conciencia, y aflicción de corazón? De buena gana tomamos algún pasatiempo para consuelo, pues con dificultad se despoja un hombre de sí mismo. Pasa el mundo y sus deleites. Procuremos escapar del mundo materialista, y no meternos más profundamente en el lodo con lecturas mundanas, sino saciar nuestros apetitos con alimento espiritual y con lecturas santas. Ya que Dios os ha llamado aparte del mundo apóstata, huid de los pasatiempos terrenales. No perdáis tiempo en cosas efímeras y caducas, no andéis preocupados por las cosas humanas, buscad el sendero celestial. Mirad, el tiempo se acaba; no lo malgastéis inútilmente.

Así lo dijo el Padre Eterno en un Mensaje en El Palmar, el 13 de mayo de 1971: «¡Oh, hijos míos, si supierais meditar sobre el amor que os tiene vuestro Padre, procuraríais no pecar, procuraríais amaros mutuamente! ¡Oh, hijos míos, qué egoísta es el hombre, qué materialista! No os preocupéis por el mundo materialista; convertíos al amor en Cristo, vuestro Salvador y Redentor. Echaos a los brazos de vuestra Madre Celestial, la Virgen María. Y saciad vuestros apetitos con alimento espiritual, principalmente con la Sagrada Eucaristía. También, con lecturas sagradas. Leed siempre, invocando al Espíritu Santo, para que ilumine vuestros sentidos. ¡Oh, hijos míos: Qué obstinado y obcecado es el hombre, pues nunca atiende a los avisos de su Padre Celestial! ¡Oh, hijos míos! Convertíos a la penitencia, olvidad los pasatiempos terrenales, ensanchad vuestros corazones con el fuego del amor, penetrad en el camino de la rectitud. No perdáis tiempo en cosas efímeras y caducas, no andéis preocupados por las cosas humanas, buscad el sendero celestial, y Yo, que soy vuestro Padre, os colmaré de gracias. El hombre actual sólo busca la comodidad y pretende dominarlo todo. Pretenden explicarlo todo y se declaran dioses. Necio es el hombre, pues quiere caminar sin su Dios, y el que así camina va al abismo.... Hacedos pequeños, hacedos humildes, y cuando dejéis la tierra y vengáis un día a mi presencia, aquí comprenderéis los sagrados misterios. Hijos míos: Mirad, el tiempo se acaba; no lo malgastéis inútilmente. Convertíos a la oración y penitencia y extended el Reino de Jesucristo, y un día seréis coronados en la patria celestial, única Patria eterna, pues en la tierra estáis poco tiempo; no estáis nada».

Algunos quizás vais a preguntarnos si podemos recomendaros algún libro que sea provechoso. Claro que sí. Un día Santo Tomás de Aquino le preguntó a San Buenaventura en qué libros aprendía tan profunda doctrina, y le contestó enseñándole un Crucifijo: «Esta es la fuente de mi doctrina». El Libro que Nos os recomendamos



encarecidamente, es la Santa Faz de Nuestro Señor Jesucristo, y aunque impreso en el año 34, fue publicado principalmente para estos últimos tiempos, pues la primera fotografía en negativo que mostraba la Santa Faz se hizo en 1898, ocho meses después de la muerte de Santa Teresita. Desde entonces, los muchos notables científicos que han estudiado la composición de la Sábana Santa, no hallan ninguna explicación humana para esta milagrosa imagen que, sin pintura ni tinta, muestra la Santa Faz en tres dimensiones.

Pero si los científicos encuentran innumerables misterios de tipo material, ¡cuántos más habrá en lo espiritual! «¡Oh, misterios insondables de Dios!... ¡Oh profundidad de las riquezas de la Sabiduría y de la Ciencia de Dios!» Y ¿quiénes van a encontrar estos tesoros? Sólo los fieles que se dedican a estudiar en este singular libro, a ejemplo de la que más amó a la Santa Faz, Santa Teresita del Niño Jesús y de la Santa Faz, y que dijo: «La florecilla trasplantada a la montaña del Carmelo tenía que abrirse a la sombra de la Cruz; las lágrimas y la Sangre de Jesús fueron su rocío, y su Faz adorable velada por el llanto fue su sol. Hasta entonces todavía no había yo sondeado la profundidad de los tesoros escondidos en la Santa Faz. Fuiste tú, Madre querida, quien me enseñó a conocerlos. Lo mismo que, hacía años, nos habías precedido a las demás en el Carmelo, así también fuiste tú la primera en penetrar los misterios de amor ocultos en el Rostro de nuestro Esposo. Entonces tú me llamaste, y comprendí. Comprendí en qué consistía la verdadera gloria. Aquel cuyo reino no es de este mundo me hizo ver que la verdadera sabiduría consiste en ‘querer ser ignorada y tenida en nada,’ en ‘cifrar la propia alegría en el desprecio de sí mismo.’ Sí, yo quería que mi rostro, como el de Jesús, estuviera verdaderamente escondido, y que nadie en la tierra me reconociese. Tenía sed de sufrir y de ser olvidada». Aquí, delante de la Santa Faz, es donde llegaremos a penetrar en las insondables riquezas de la caridad de Cristo, para poder comprender y corresponder a su amor.

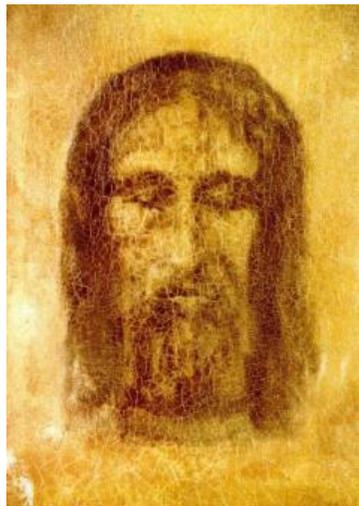
El tesoro quedó escondido durante 19 siglos; pues Nuestro Señor Jesucristo dijo, en 1971: «Hijo mío: transmite a la humanidad que este es mi auténtico retrato: el Santo Sudario de Turín. Que el mundo reconozca este Sagrado Misterio: Este es el retrato de mi Cuerpo, resplandeciendo mi Sacratísima Faz. Que el mundo se dé cuenta que esta

es la hora de la Sagrada Faz. Es por lo que deseo su adoración y veneración en todos los lugares del mundo, para que sea aplacada la Ira del Eterno Padre, al recrearse en la Faz de su Ungido. Al meditar mi Sacratísima Pasión, delante de mi Divina Faz, el corazón siente más cerca la Redención y las gracias son sobreabundantes... Acudid al Sagrado Lugar de El Palmar de Troya, en España, donde se venera una copia de mi Sagrada Faz, por la que caerán abundantes gracias a la Iglesia y al mundo. A todos los que les llegue este Mensaje, les pido extiendan la devoción a mi Sagrada Faz por todas partes, la propaguen y se hagan apóstoles de la Sagrada Faz, los cuales brillarán más en el Reino del Padre y serán los que verán mi Rostro con más luz en la eternidad».

La adoración y devoción a la Santa Faz fue exigida con mucha insistencia en los Mensajes del Palmar, y es una lástima que la vida de muchos palmarianos no esté centrada en la Santa Faz. Lo peor del caso, es que hay muchos palmarianos que no comprenden bien la devoción a la Santa Faz, y eso es lo que pretendemos remediar aquí. No basta colocar la Santa Faz en la pared y dejarla allí olvidada, sino que tenemos que rendirle la adoración que le corresponde. Parece que no se dan cuenta de la importancia de la Santa Faz para estos tiempos, por lo que Nos, para abriros los ojos, tenemos que recordaros aquellos Mensajes llenos de sabiduría divina, que nos indican el camino seguro al Cielo. Ya sabéis que la Santísima Virgen María se apareció en El Palmar para salvar a la Iglesia y prepararla para superar las grandes dificultades que tendrá que enfrentar en los Últimos Tiempos, para lo cual se ordenó la adoración y reparación a la Santa Faz. ¿Quién mejor que el Señor, el Padre Eterno y la Santísima Virgen María puede explicarnos la necesidad de la adoración a la Santa Faz? Por lo tanto, estemos muy atentos a lo que nos dicen en sus Mensajes.

Este año se cumplen cincuenta años desde que el día 12 de diciembre de 1969, en El Palmar de Troya, el entonces Clemente Domínguez recibió sus primeros importantes Mensajes sobre la Santa Faz: la extensión de la Adoración de la Santa Faz por todo el mundo, el Santo Viacrucis y la Comunión Reparadora de los Primeros Jueves, reparando los ultrajes al Divino Rostro del Señor. Aquel día, tuvo una visión de Santo Domingo, que le dijo: «Ahora contempla a mi derecha el Divino Rostro de Nuestro Señor Jesucristo». Y apareció la Santa Faz de Jesús, dolorosa y sangrante. «Mira, hijo mío, la Faz del que lo dio todo, hasta su aliento, por tus pecados y por los pecados de todo el mundo. Por medio de Ella, los que la adoren meditando la Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo unidos a los Dolores de la Bienaventurada Siempre Virgen María, recibirán las gracias de morir en la Santidad. Serán preservados del castigo que el Eterno Padre tiene preparado para desatarlo muy próximamente. Dios abrasará a la humanidad de forma tal, que quedarán muy pocos para contemplar su Divino Rostro».

Y continúa Santo Domingo: «Que se extienda y que se proclame el rezo del Santo Rosario de Padrenuestros que la Virgen ha dictado en este Sagrado Lugar. Que se extienda a todo el mundo la Adoración de la Santa Faz del Señor. Hagan el Viacrucis contemplando el Divino Rostro de Cristo Jesús, conmemorando la Pasión, Muerte y Resurrección, unido a los Dolores de la Bienaventurada Siempre Inmaculada Virgen María, pidiendo perdón por todos los pecados, todas las ofensas, insultos, sacrilegios proferidos al Divino Rostro. Que comulguen todos los primeros jueves de cada mes, durante todos los años, hasta la próxima Venida del Señor, haciendo veinte minutos de reparación, dando gracias a Dios, pidiendo la conversión de Rusia. Todos los que adoren la Santa Faz y hagan esta Comunión Reparadora recibirán la gracia de morir en la santidad. La salvación del mundo está en hacer lo que se ha dictado en este Mensaje»...



«Entérate bien lo que te digo: Que el Santo Padre ordene que toda la Iglesia adore la Santa Faz de Jesucristo, pidiendo la conversión de todo el mundo. Que lo haga de la siguiente manera: Obligatoria todos los días, sin faltar ni uno, hagan el Viacrucis, contemplando su Dolorosísima Pasión. Atiende, hijo mío, todos los Primeros Jueves de cada mes durante toda la vida hasta la Segunda Venida de Cristo Jesús, comulguen haciendo reparación de todos los pecados, sacrilegios, herejías, insultos al Divino Rostro de Jesús, dando gracias durante veinte minutos a Dios, y pidiendo la conversión de Rusia, como condición para la salvación del mundo. Coloquen en todas las Iglesias del Orbe Católico la Santa Faz del Señor; por medio de Ella los que adoren meditando la Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo unidos a los Dolores de la Bienaventurada Siempre Virgen María, recibirán las gracias de morir en la Santidad. Serán preservados del castigo que el Eterno Padre tiene preparado para desatarlo muy próximamente. No tenéis tiempo. Está cerquísima, cerquísima, muy cerca, la gran tribulación si no se cumple este Mensaje. Dios abrasará a la humanidad de forma tal, que quedarán muy pocos para contemplar su Divino Rostro... Que el Papa obligue en todas las Iglesias el Santo Rostro de Jesús; no hay tiempo que perder; que acepte los mandatos que Dios le manda por medio de las

Apariciones... Si no lo hacen, el mundo se verá falto del camino para su salvación... La salvación del mundo está en hacer lo que se ha dictado en este Mensaje. El Señor pedirá cuenta de estas consignas».

La Santa Faz: «Mi queridísimo hijo, a ti te encomiendo la Adoración de la Santa Faz... Tienes que proclamar la devoción a mi Divino Rostro. Eres responsable. Tienes en tus manos Mensajes de salvación. Insiste que cumplan estos mandatos». Ahora el responsable somos Nos, Pedro III, y como es evidente que son pocos los palmarianos que se dedican a la adoración y reparación a la Santa Faz, nos corresponde insistir que se cumplan estos mandatos. Para ello, queremos explicaros la importancia y necesidad de honrar a la Santa Faz, demostrar que es la Voluntad de Dios, exhortaros a hacerlo con mucha devoción, e imponerlo con la autoridad que Cristo nos ha dado. Conviene que sepáis por qué es necesaria y obligatoria la devoción a la Santa Faz, especialmente en estos tiempos.

Mirad las maravillosas promesas del Señor para los verdaderos devotos de su Santa Faz: gracias de santidad, de luz y protección en medio de las calamidades. Y mirad los castigos por rechazar la Voluntad de Dios, rechazando la devoción a la Santa Faz: tres espantosas guerras mundiales y otros desastres. ¿Cuándo vamos a aprender? Nos, vamos a poner fin a este incumplimiento, pues para eso Cristo nos ha dado el poder en su Iglesia: para cumplir y hacer cumplir todo lo que Dios quiera. Nos, como Buen Pastor de las almas, tenemos que apacentar a las ovejas en nombre de Cristo, apartarlas del mal, indicarles lo que tienen que cumplir para agradar a Dios, y llevarlas por el camino recto al Cielo. Hay que adorar a Dios de la manera que Él quiere y exige. Son muchas las promesas para los amantes de la Santa Faz, como vemos en los siguientes Mensajes:

La Santa Faz: «En verdad, en verdad os digo, que todos los que habéis adorado mi Divino Rostro con fe, humildad, compasión y hayan meditado mi Pasión y Muerte, considerándose culpables de mi Muerte, os prometo infinitas gracias y no os abandonaré nunca. Os prometo que veréis mi Divino Rostro por toda la Eternidad. Pero debéis cumplir lo que mi hijo, Santo Domingo, ha dado aquí por medio tuyo y ahora repito Yo: Debéis rezar muchos Rosarios de Padrenuestros, adorar mi Faz, hacer el Viacrucis, comulgar todos los Primeros Jueves de todos los meses, durante todos los años hasta mi próxima llegada a vosotros que será muy pronto, y tendréis una paz inalterable. Satán quedará totalmente atado por toda la Eternidad».

Mensaje de la Santa Faz: «Os encamináis a la santidad, porque el que adorare mi Rostro recibirá la gracia de la santidad, y todo lo que pidáis a mi Madre después de adorar mi Rostro, Ella os lo concederá». «En verdad, en verdad os digo, que todos los que adoren mi Divino Rostro, lo contemplarán por toda la eternidad, y quien lo ultrajare, no volverá a verlo».



Mensaje del Sagrado Corazón de Jesús: «Mi Divino Rostro es la medalla que todos pueden ofrecer para alcanzar las gracias». «Por las ofensas que recibe mi Divino Rostro, mi Corazón sangra. Todas las personas que adoren mi Divino Rostro recibirán de mi misericordioso Corazón gracias para alcanzar la Vida Eterna».

En los Mensajes se nos advierte de los castigos que la humanidad ha recibido por no haber extendido la devoción a la Santa Faz, y de la terrible destrucción que pronto va a caer sobre el mundo si no aplacamos la Santa Ira de Dios por medio de la adoración a la Santa Faz:

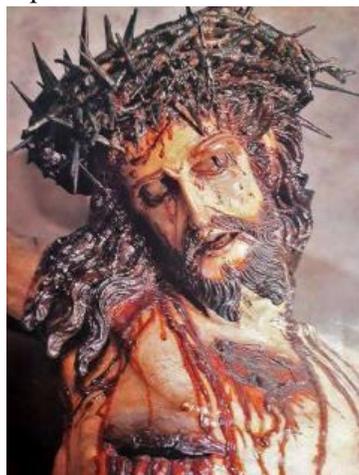
San Pío X, Papa, 1970: «Hijos míos: Si se hubieran seguido mis instrucciones de extender la devoción de la Santa Faz por todo el mundo, se hubieran evitado las dos guerras mundiales. Yo di las instrucciones necesarias para que, en todas las iglesias, conventos y en las casas de los cristianos, presidiera la Santa Faz. Mas, no se extendió, según yo indiqué, pues la extensión fue muy reducida, y, al no estimarse esta gran devoción al Rostro de Cristo Jesús, el Padre Eterno se enojó con la humanidad, y permitió las dos terribles guerras al mundo. Nuevamente el Cielo está pidiendo que se extienda la Santa Faz, que se la adore, y que presida lugares destacados en las iglesias, en los conventos y en las casas de los cristianos. Esta extensión, si se hace, evitará la tercera gran guerra a la humanidad, que será espantosa y terrorífica. Mas si se atiende a la extensión, por todos los lugares del mundo, de la Santa Faz, el Padre Eterno se aplacará, pues contemplará el Rostro de su Divino Hijo desfigurado, y tendrá compasión de la humanidad; pues en el Rostro de Cristo está toda la humanidad. Hijo mío: Dile a las jerarquías eclesiásticas, que no es obstáculo el que ellos no acepten este Mensaje, para extender la devoción de la Santa Faz, pues, siendo yo Vicario de Cristo en la tierra, di las instrucciones para extenderla. Que acaten mis instrucciones; pues, cuando un Papa extiende una devoción, por algo será. ¿No creéis que me la inspiró el Espíritu Santo? Debéis saber que cuando un Papa da un paso hacia adelante, es porque ya ha meditado y ha pedido auxilio a Dios, y sabe que es el bien para las almas... A ti, como fiel hijo de la Iglesia Católica, te hago responsable de la

extensión de la Sagrada Faz de Jesucristo. Os aseguro que todos los que extiendan esta devoción, serán recompensados, de forma grandiosa, en esta vida y en la otra».

El Inmaculado Corazón de María: «La misericordia terminará. A partir de este año estáis a disposición de la Ira del Padre. Ofrecedle constantemente la Sagrada Faz de Jesús, para que se aplaque su Ira».

El Arcángel San Miguel: «Los Ángeles estamos ya preparados, a la voz del Padre, para castigar a la humanidad perversa... ¡Procurad tener todos la Sagrada Faz de Jesús, pues pronto iremos a señalar las casas para que sean preservadas del castigo! Ante la Sagrada Faz, el enemigo retrocede, como retrocedió en la rebelión de los ángeles. ¿Sabéis qué llevaba yo en la mano izquierda contra Satán? El Rostro glorioso de Cristo, ante el cual cayó vencido y se precipitó al abismo. Vengo con la espada por seguir la tradición, mas yo nunca usé espada, sino el Rostro de Cristo. ¡Qué mayor espada que ésta! La espada es símbolo de poder; por eso la Iglesia Católica me la pone en la mano derecha, y para que me reconozcan vengo con ella».

Nuestro Señor Jesucristo: «Haced constante penitencia y mucha oración para que el Padre Celestial no envíe castigos a España... Sólo con la oración y la penitencia podréis evitarlo. Ofreced al Padre siempre mi Divina Faz y Él se apiadará de vosotros... Orad, orad, orad. Haced penitencia. Hijos de España: Rezad constantemente para que el Padre Celestial aplaque su Santa Ira. Procurad oír Misa todos los días, recibidme en la Eucaristía, visitadme en el Sagrario y ofrecedme vuestros trabajos y vuestros sufrimientos. No es tiempo de diversiones, es tiempo de orar, pues la gran catástrofe está al caer sobre la humanidad. Estos son los Últimos Tiempos. Si no se hace oración y penitencia, el mundo lo lamentará. Os pido a todos que adoréis mi Divino Rostro y que presida vuestros hogares, para que el Padre Celestial os colme de gracias y perdone vuestros pecados. Prometo solemnemente que todos aquellos que extiendan la devoción a mi Divina Faz serán preservados del castigo de la humanidad, y si padeciere algo en el castigo, será para morir mártir y alcanzar la santidad. Además, recibirán luz para los días de confusión terrible que se aproxima a la Santa Iglesia. Mas, todos deben venir a Mí por mediación de mi Madre la Virgen Santísima. Os aseguro, en verdad, en verdad, que los que extiendan la devoción a mi Divina Faz, recibirán la gracia de que ningún familiar suyo sea condenado eternamente, y los que estén en el purgatorio, saldrán rápidamente. Decid a la humanidad que mi Padre Celestial ha dicho que el que se oponga a la extensión de la



devoción de mi Divina Faz, quedará como ciego para comprender los misterios de Dios, e irá dando tropezones tras tropezones hasta caer en el abismo. Dice mi Padre que mi Divino Rostro representa a Él. Prometo, asimismo, a todos aquellos que no comprendan esta Devoción y hayan rogado incesantemente a mi Santísima Madre pidiendo Luz, la recibirán».

La Santísima Virgen María dijo en 1975: «Mi deseo maternal a los Obispos de España y de Europa: Es necesario que, urgentemente, España y toda Europa, se consagren a la Santa Faz Dolorosa de Nuestro Señor Jesucristo. Debe ser una Consagración Solemne y Pública, encabezada por Obispos y Autoridades Civiles. También deseo que la Santa Faz sea entronizada en todas las ciudades de forma pública, al objeto de que los fieles puedan adorarla continuamente. Este deseo maternal hará que se aleje la Tercera Guerra Mundial, si se cumple tal cual he dicho. Europa está al borde de la destrucción. Las Naciones se comerán unas a otras y viceversa. Las plagas del Cielo sobre la Tierra ya comienzan a caer sobre los hombres. Enfermedades terribles, animales feroces, terremotos, inundaciones espantosas y toda clase de males. La Consagración solemne y pública en todas las ciudades evitará estos males. Las Trompetas Apocalípticas ya están sonando. La Nave de Pedro está en un período de aguas agitables. El Cisma está a las puertas. Ha llegado la hora de echarse a temblar».

Como los obispos de España rehusaron hacer esta consagración, pronto llegó la primera parte del gran castigo: el cisma y la apostasía general. Y no tardará en llegar la Tercera Guerra Mundial, esta guerra atómica en donde se emplearán las armas bélicas más poderosas y destructivas, que causarán la desolación en muchas naciones y ciudades del mundo; será el castigo de Dios a la gran apostasía general de la iglesia romana. En esta guerra habrá tal consternación universal que parecerá que el mundo ha llegado a su fin.

¿Por qué Dios se apiada de la humanidad cuando adoramos y nos consagramos a la Santa Faz? Porque cuando nos consagramos a la Santa Faz, con sincero deseo de consolarle de las injurias y olvido de los pecadores, y de apagar su sed de amor, Cristo no se deja vencer en generosidad, y Él se entrega a nosotros, se hace nuestro, se une a nosotros. Cuando amamos y adoramos la Santa Faz, por el amor y la compasión que sentimos, así compartimos su dolor, haciéndolo nuestro, lo cual es su mayor consuelo; y esa participación hace que Cristo imprima su adorable Faz en nuestras almas. Entonces, cuando ofrecemos la Santa Faz al Padre Eterno, Él nos mira y contempla en

nosotros el Rostro de su Divino Hijo, la Santa Faz desfigurada, cubierta de llagas; ve que la humanidad, unida a esa sagrada Humanidad de Cristo, ya ha sufrido lo suficiente, y así se aplaca la Ira Divina, se compadece del mundo, y nos perdona. La Santa Faz es como un puente entre Dios y los hombres: en la Santa Faz nosotros vemos la Divinidad, y Dios Padre ve la Humanidad.

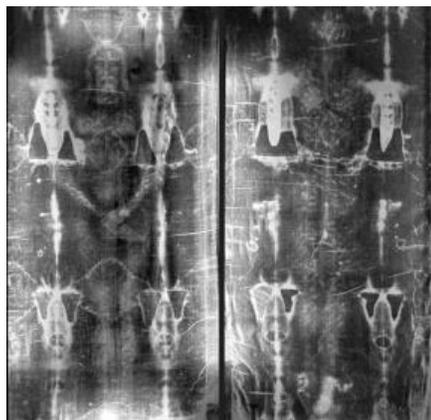
En los días de Noé, la gente no hizo caso de los castigos que les eran anunciados, hasta que llegó el Diluvio y acabó con todos. En Sodoma y Gomorra, los mayores pervertían a los niños y se propagaban los más infames vicios, de manera que, salvo la familia de Lot, todos sus numerosos habitantes estaban corrompidos. Y por eso, de repente, Dios hizo llover sobre esas ciudades malditas azufre y fuego, quedando destruidas, y perecieron todos sus habitantes, sus animales y su rica vegetación. El mundo de hoy supera con creces la perversidad de aquellos tiempos, y los siete pecados capitales son propagados impunemente y hasta defendidos con leyes inicuas.

Vivimos en unos tiempos de infidelidad mucho peores que los del pasado, y es evidente que el mundo va aceleradamente por el camino de la perdición, y que ya sólo puede ser frenado por la directa intervención divina mediante justísimo castigo. Nos, volvemos a avisar al mundo que la tremenda explosión de la Ira Divina puede suceder de un momento a otro, cuando menos se piense, como pasó con el Diluvio Universal y con las infames ciudades de Sodoma y Gomorra.

La Santísima Virgen María dijo en 1973 que los grandes castigos «han sido aplazados, pero no abolidos, pues vendrán y cogerán de sopetón a muchos». También dijo: «Poco os voy a hablar ya, pues va llegando la hora en que me ocultaré en el desierto. Mirad, hijitos míos: se aproxima el tiempo, en el próximo pontificado, en que habrá dos papas: el verdadero y el antipapa. Será tiempo de tinieblas y confusionismo, cual no lo hubo en la historia de la Iglesia. La lectura, la cultura, la ciencia, el arte, no servirán para encontrar la Luz; sólo la oración, la penitencia y la humildad. Aquellos que humillen su cabeza ante Dios, oren y pidan Luz, la encontrarán».

Lo que alcanza la conversión de las almas, no es lo que se publica en el internet, sino la oración y penitencia, el amor y sacrificio; por eso se dice que la sangre de los mártires es semilla de nuevos cristianos.

Es preciso desagrar todas las ofensas a Dios, y debemos ofrecerle reparación. La Santa Faz de Cristo, que refleja los dolores íntimos de su Alma y el sufrimiento y amor de su Sagrado Corazón, ha de ser más honrada, ha de ser adorada. El que medita sobre la Santa Faz, consuela a Jesús. El Señor quiere que amemos y adoremos su Sagrada Faz dolorida, para que seamos sus amigos y su consuelo en el dolor. Cuando hay un accidente con heridos en la carretera, la ley obliga severamente a los demás transeúntes a prestar socorro al herido y no dejarle allí abandonado. ¡Con cuánta más razón estamos todos obligados a socorrer a la Santa Faz, herida por nuestros pecados, y aliviar sus dolores con nuestros actos de adoración y reparación! Por lo tanto, es muy justo y necesario que la Santa Iglesia lo establezca como obligación.



Nuestro Señor Jesucristo dijo, en 1970: «Deseo que todos los días, al marcharos, beséis mi Divino Rostro en desagrar de todas las ofensas que recibo. Me ofenden continuamente, muchas de las veces personas consagradas a Mí. Sufro mucho porque mis Mensajes no tienen el debido eco... Es mi voluntad, siempre que podáis, vengáis a este Sagrado Lugar a desagrarirme por los que no oran, por los que blasfeman, por los que me injurian y escupen en mi Divino Rostro. Pronto la humanidad verá mi Rostro Glorioso y quedarán maravillados en mi Segunda Venida... ¡Ay, ay! Si todo el mundo adorara mi Rostro, ¡cuánto cambiarían las cosas! Mas se hace lo contrario: despreciarlo. Pedid mucho por ellos; son dignos de lástima; pero con vuestros sacrificios y oraciones muchos podrán ver la Luz».

Y también: «Cada vez que desagraríais mi Divino Rostro, mi Corazón se llena de misericordia y convierte a muchos pecadores. Hijos míos: procurad tener todos el Divino Rostro en casa. Os prometo que en donde se hallare entrará la paz y caerán abundantes gracias en el hogar. Prometo, en la hora de entregar su alma a Mí, mostrarme lleno de Misericordia, ya que mi Padre quiere la devoción a mi Divino Rostro para salvar a la humanidad. Siempre que tengáis tribulaciones, problemas, estéis en apuros: adorad mi Divino Rostro, y mi Madre rogará por vosotros, ya que ella, con los que adoran mi Sagrada Faz, se muestra llena de gran amor hacia sus hijos y no les niega su socorro. Concederé gracias sobreabundantes a todos los que la adoraren y la extendieren por todo el mundo». La Santa Faz, que lloraba y sangraba, dijo: «Contemplad mi Rostro. ¡Cómo estará mi Corazón!»

Después de la fundación de la Orden, Nuestro Señor Jesucristo dijo: «Mis queridos hijos: Gracias a todos vosotros los miembros de los Carmelitas de la Santa Faz por vuestro espíritu de reparación, de adoración, oración y penitencia. Gracias a vosotros, mi Sagrada Faz es reparada de las incontables ofensas que recibe, y mi Sacratísimo

Corazón es consolado. Estoy contento con vosotros». Y San Ignacio de Loyola dijo: «La Orden de los Carmelitas de la Santa Faz es también Compañía de Jesús. Ya que, los que reparan la Santa Faz de Jesús, son sus auténticos compañeros».

Dios quiere que hagamos reparación y pidamos perdón por todos los pecados, todas las ofensas, insultos y agravios proferidos al Divino Rostro. ¿Cuáles son éstos? Son los pecados que se dirigen más directamente contra el Señor, como los sacrilegios y las blasfemias. La Santa Faz de Jesús fue vilmente ultrajada al recibir el traidor beso de Judas Iscariote, una satánica afrenta. Se hace reparación por esta ofensa con la oración: «Adorable Faz de Nuestro Señor Jesucristo, vilmente ultrajada por nuestros pecados, concedednos las fuerzas necesarias para defenderos con la vida. Grabad, Señor, la imagen de vuestro Rostro en nuestros corazones. Amén.» Santa Teresita del Niño Jesús y de la Santa Faz, que enseñó esta oración, dijo que se la rezara cuando se bese el Divino Rostro de Jesús.

El Evangelio nos exhorta a aprender de los hijos de este mundo, los cuales son más sabios en conseguir sus fines que los hijos de la luz. Ellos, por un instinto diabólico, comprendieron mejor que nosotros que Cristo es muy sensible a todo lo que se hace a su Santa Faz, que las afrentas que en Ella recibe le afligen más. Por esta razón, la Santa Faz de Jesús fue sacrílegamente injuriada al ser escupida por los príncipes de los sacerdotes, pues aquellos perversos fundadores de la masonería para mayor humillación y dolor de Cristo, lo escupieron precisamente en su Divino Rostro, para así ofenderle y agraviarle más y para dar mayor expresión a su profundo odio. Lo mismo, la sacrílega bofetada ante Anás: la Faz adorable de Jesús fue abofeteada por un criado infame, fue cubierta con velo de ignominia y profanada por las manos sacrílegas de sus enemigos; fue maltratada y saturada de escupitajos, bofetones y golpes; fue coronada de espinas, y tuvo los cabellos y la barba arrancados por los verdugos. Es evidente que los golpes, ofensas y desprecios que se reciben en la cara son intensamente más dolorosos y humillantes; por lo mismo, es innegable que la gloria y reparación que damos a la Santa Faz le agrada sobremanera, y que la adoración y desagravio que se dirige directamente a la Santa Faz honra y consueta grandemente al Señor.

Gran consuelo recibió el Señor, cuando la Verónica, inflamada de sincero amor, le enjugó la Sagrada Faz. No permitamos que la Verónica sea la única en hacer reparación a la Santa Faz y en consolar a Jesús. Santa María San Pedro de la Sagrada Familia, Apóstola de la Santa Faz, en sus visiones vio a la Verónica enjugar la saliva, Sangre y lodo del Rostro de Jesús con su velo en el camino al Calvario, y dijo que los actos sacrílegos y blasfemos de hoy aumentan la saliva y el lodo que Santa Verónica enjugó aquel día. Jesús le dijo que deseaba la devoción a su Santa Faz particularmente en reparación por los sacrilegios y las blasfemias, que son como una flecha envenenada; y en 1844 le dijo: “Los que contemplan las llagas de mi Faz aquí en la tierra, la contemplarán resplandeciente en el Cielo.”



Los traidores modernos, los que llevaron a la Iglesia en Roma a la apostasía, quitaron las antiguas y hermosas sagradas imágenes de Cristo, para arrancarlas de la mente y del corazón de los cristianos, y las reemplazaron por imágenes de arte moderno que no representan la Divinidad, o que son unas caricaturas con cara de muñecos; por lo que dijo María Santísima que «las imágenes de los Crucificados, no dan recogimiento, no dan dolor de aquella Pasión, ni tampoco esperanza de salvación... No digamos nada de esas imágenes del Sagrado Corazón de Jesús, en las que se ve un Señor frío, egoísta y humanizado, que no da dolor de los pecados, que no hace conversiones, porque se ve como uno más de los humanos, dejando atrás la Divinidad... Si hay frialdad en el culto a las imágenes, ¡qué no habrá ante Jesús Sacramentado, al que no se ve, pues sólo es fe!» A diferencia de aquellas

imágenes progresistas, la Santa Faz «es el Sol para iluminar toda la humanidad.»

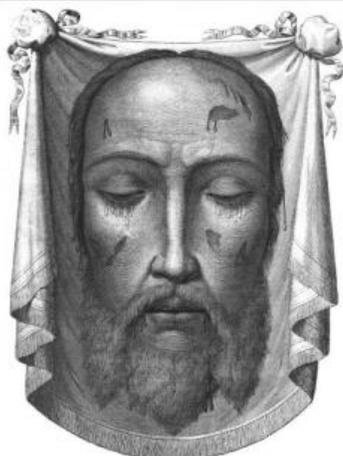
El Sagrado Corazón de Jesús lo explica: «Hijos míos: Si os fijáis bien en la expresión de mi Divino Rostro, llegaréis a comprender lo misericordioso que es mi Sacratísimo Corazón. El espejo de mi Corazón es mi Rostro; por Él sabéis que tengo un Corazón humilde, misericordioso, grande, capaz de meter a todos los cristianos; llegando a amar hasta derramar la última gota de sangre por todos los hombres. ¿Cabe más amor que la entrega total por el amado, en el cual estaban todos los hombres? Fijaos bien en mi Rostro: Ensangrentado, abofeteado, empolvado y agrietado por los insultos que recibí de los impíos. Pensad por un momento: ¡Cómo estaría mi Corazón de dolor, de angustia y sufrimiento...! Mas, por eso, os pido que reparéis mi Divino Rostro para consolar mi dolorido Corazón. Hijos míos, siguiendo este camino, llegaréis a amar intensamente la Eucaristía. He ahí el derroche de mi amor: dar mi Cuerpo a comer y mi Sangre a beber para alimentar a las almas y alcancen la felicidad eterna. Hijos míos: ¿Sabéis lo que causó más dolor a mi Santísima Madre? Pues fue el ver mi Rostro desconocido, falto de la

hermosura que Ella tantas veces había acariciado en sus santas manos. ¡Le produjo tal dolor a su Inmaculado Corazón ver el Rostro hinchado...! Más parecía un leproso que su Hijo. Y ¿sabéis cuál fue el mayor gozo que recibió, después de mi Pasión, mi Santísima Madre? Fue mi Rostro Glorioso, en el cual se veía mi Divinidad. Pues cada vez que reparáis mi Divino Rostro, consoláis el Corazón Inmaculado y Dolorido de mi Santísima Madre, y cada vez que se desprecia mi Rostro, mi Madre recibe una puñalada en su Corazón».

En cuanto a la Adoración a la Santa Faz que Dios quiere que se establezca como obligación para toda la Iglesia, hay que tener en cuenta que amar a Dios es adorarle únicamente a Él con Fe, Esperanza, Caridad y Religión. A Dios se le ha de adorar con reverencia de cuerpo y alma, como criaturas tuyas que somos. «Al Señor tu Dios adorarás, y a Él solo servirás». En el Credo Palmariano, decimos: “Creo que el culto que se debe dar a Dios, es el de latría; a la Santísima Virgen María, el de hiperdulía; al Santísimo José, el de protodulía; a los Ángeles y demás Santos, el de dulía; y a las Benditas Ánimas del Purgatorio, el de hipodulía.”

La adoración es el acto por el cual tributamos alabanza, honor y reverencia a Dios por su Excelencia Infinita y por nuestra absoluta sumisión a Él. La adoración es el homenaje que la criatura debe tributar sólo a Dios por su soberana excelencia. La adoración a Dios recibe el nombre de latría, que es la adoración en sentido estricto, o sea la que se dirige a Dios Uno y Trino, Padre, Hijo y Espíritu Santo; también, a la Sacratísima Humanidad de Cristo, por su Unión con el Verbo Divino; así como a la Sagrada Eucaristía, que es el mismo Cristo en Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad; y también a las imágenes de la Santa Faz de Nuestro Señor Jesucristo; pues, en la veneración que externamente se hace a la imagen, se adora internamente a Dios representado en ella.

Hay quienes profesan gran devoción a la Santísima Virgen María o al Santísimo José, y rezan delante de sus imágenes, pero echan en olvido a la Santa Faz. A ellos dice María Santísima: «Me dirijo a vosotros, como Madre de Jesús y vuestra, para deciros que meditéis, con el corazón, y puestos en mis manos, el saludo que me hacéis en la Salve. Meditad especialmente en la parte que decís “Muéstranos a Jesús”. A eso vengo, a mostraros a mi Divino Hijo Jesús, y os lo muestro en su Divina Faz desfigurada, maltratada, ensangrentada, escupida, que se hizo Víctima para ofrecerse a vuestro Padre Celestial para purificaros de vuestros pecados y redimiros para la vida eterna. Os digo que, los que aún no comprendéis el lugar que debe ocupar mi Divino Hijo, adoréis su Divina Faz para consolar mi dolorido Corazón, para que algún día sepáis hacerlo, porque se lo debéis hacer por ser Dios vuestro Redentor.



*VERA EFFIGIES*  
SACRI VULTUS D. N. JESU CHRISTI

Hijos míos: Cuando no comprendáis lo meritorio que es adorar la Santa Faz de mi Divino Hijo, pensad lo siguiente: Voy a adorar la Divina Faz de Nuestro Señor Jesucristo para alegrar el Corazón Inmaculado y Dolorido de mi Madre, la Virgen Santísima. De esta forma comprenderéis que soy canal para ir a Jesús, vuestro Salvador y Rey del Universo, por voluntad del Padre Celestial».

¿Por qué se empeñan algunos en no adorar el Santo Rostro de Cristo, cuando es la Voluntad de Dios? En enero de 1970, cuando un grupo de personas se opusieron a que se entronizara la Santa Faz en el Lentisco, el Padre Eterno dijo: «¡Por qué se obstinan en no poner en este Sagrado Lugar el Santo Rostro de mi Hijo, cuando es mi Voluntad! Hay quien dice que en el Crucificado está todo. ¿Acaso en el Señor Crucificado no está el Corazón, y sin embargo se estableció la devoción al Sagrado Corazón de Jesús cumpliendo mi voluntad? Del mismo modo quiero que se cumpla la Adoración al Divino Rostro de mi Hijo. Dificilmente alcanzará el Paraíso Celestial quien no estimare la Adoración a la Santa Faz... El motivo de poner el Santo Cristo no es obstáculo para que también se ponga la Santa Faz... Invocad a la Virgen, mi amada Hija, para que triunfe la Adoración de la Santa Faz».

El Eterno Padre dijo también: «Hijos míos queridos: todos los honores que hacéis a mi Divino Hijo, a Mí me los hacéis, y todo lo que ofrecéis por medio de Él, Yo lo acepto, y todo lo que pidiereis en su nombre, Yo lo concedo. Hijos míos: contemplad la Santa Faz de mi Divino Hijo, meditad su Pasión. Por vuestra salvación murió en la Cruz, y tened compasión de los sufrimientos que pasó, siendo justo. Os digo, hijos míos, que siempre que adoréis el Rostro de mi Unigénito Hijo Yo me mostraré misericordioso con todos vosotros y mi Ira se aplacará. A la Pasión de mi Hijo uniréis siempre los Dolores de mi Hija María. No lo olvidéis: María os salvará. Es mi voluntad salvar al mundo bajo la protección de la Inmaculada María».

También había dicho el Padre Eterno: «Esta adoración del Rostro Divino de mi Hijo la tenía preparada antes de la creación del hombre, porque ya estaba en mi mente. Hijos míos: Quien adorare el Divino Rostro de mi Hijo recibirá mi bendición y aplacaré la Ira que tengo preparada para el mundo... No olvidéis que deseo que adoréis el Divino Rostro de mi Hijo».

La Inmaculada Concepción, 1970: «Estoy muy contenta que se haya colocado el Divino Rostro de mi Hijo. Caerán muchas gracias para aquellos que le adoren». «Mi Divino Hijo os ha dicho que quien pidiera gracias por mi mediación las recibirá; y Yo os digo que quien no adorase la Faz de mi Divino Hijo, Yo no le oiré». «Debes tener energía para defender los Mensajes que te he encomendado: la Adoración de la Santa Faz, el Viacrucis, el Rosario de Padrenuestros, la Comunión Reparadora de los primeros jueves. Está la salvación del mundo».

Además de darle reparación a la Santa Faz, es preciso darle nuestro amor, como dijo el Sacratísimo Corazón de Jesús: «Hijos míos: Amad con todos vuestros corazones mi Divino Rostro, y conseguiréis comprender la misericordia que derrama copiosamente mi Sacratísimo Corazón; y entonces sólo pensaréis en recibirme en la Eucaristía, que es donde se centra todo el amor de un Dios, que se ha entregado a la Muerte de Cruz, y que no conforme aún, ha querido quedarse en el Pan y el Vino, para ser alimento de sus hijos. Y si a todo esto le unís el inmenso Corazón de una Madre, que vela por vosotros, y constantemente va pasando a sus hijos por su Corazón, para purificarlos y poder entregármelos... No os puedo dar más, porque os lo he dado todo. Así que, el que quiera salvarse, tiene el camino trazado por su mismo Dios, que no quiere que se condene ningún hijo. No dejéis nunca estas tres Comuniones Reparadoras. Hijos míos, oíd bien: Los que empiezan a no tomar en consideración la devoción a mi Divino Rostro, irán encaminándose a no tener en consideración la devoción a mi Sacratísimo Corazón. Llegarán a lo que es peor: A despreciar la Eucaristía; pues estas devociones son medios que Yo, en un alarde de amor, he puesto como golosina a mis hijos, para que coman el Pan de Vida, que es la Eucaristía».

Es preciso centrarnos en la Santa Faz, para que sepamos verdaderamente cómo adorarle con todo nuestro ser. Nuestra devoción a la Santa Faz ha de ser cada vez más profunda, y debemos anhelar que todo el mundo lo adore con mucho amor, con toda el alma, hasta llegar a querer dar la vida por amor al Divino Rostro.

La Santa Faz es el arma más potente del cristiano; en ella está nuestra salvación eterna. No debemos quitar la vista de este Divino Rostro; tenemos que grabarlo muy bien en nuestros corazones. Grabemos este Santo Rostro de Jesús en nuestro corazón; sea Él nuestro corazón, de manera que sin Él ya no podamos vivir; que cada suspiro, cada pensamiento, sea por amor y de amor a nuestro Dios, y así la Luz nunca nos faltará aquí en la tierra, para después verlo, contemplarlo, alabarlo y adorarlo por toda una eternidad en el Cielo.

Para parecernos al Divino Rostro debemos poner en práctica todas las virtudes, especialmente: crecer en humildad, amar el sufrimiento, ser generosos en el sacrificio, aumentar el celo por las almas y el desapego de las criaturas y de todo lo terreno. ¡Cuánto tenemos que aprender e imitar de la Santa Faz de Nuestro Señor Jesucristo! En su Divino Rostro vemos reflejado lo que, como Redentor, Cristo ha sufrido por nuestros pecados.



La Santa Faz adorable es el espejo indescriptible de las Perfecciones divinas y nos enseña las virtudes cristianas, pues brilla con la blancura de la pureza y el ardor de la caridad; está llena de modestia y de dulzura. En su Divino Rostro Doloroso brilla su constante obediencia a la voluntad del Padre Celestial, así como la majestad, la humildad y la mansedumbre en medio de las crudelísimas afrentas. La Santa Faz de Jesús es un tratado completo de la práctica de las virtudes cristianas que, sin el ruido de las palabras, nos enseña hasta dónde puede llegar la perfección de la virtud. Cristo no es como aquellos maestros que dicen lo que se debe hacer, mas ellos no lo hacen; sino que Él mismo nos amonesta que imitemos su vida y costumbres, cuando dijo: «El que me sigue no anda en tinieblas, sino que tendrá la Luz de la vida sobrenatural».

La Santa Faz de Jesús nos enseña a acatar la Voluntad Divina en medio de las pruebas y demás penas, y nos hace entender el valor de los sufrimientos, de las humillaciones y de las enfermedades, para que así lo aceptemos todo como venido de la mano amorosa de la Divina Providencia. En la Santa Faz resplandece la caridad para con el Eterno Padre y también para con el prójimo.

Para ser verdadero devoto de la Santa Faz, hay que adorarla, meditar sus sufrimientos: la Pasión, Muerte y Resurrección de Jesucristo, y también los Dolores de su Santísima Madre, la Virgen María, de quien tenemos que ser también grandes devotos, porque para llegar a Jesucristo hay que pasar por María. Hay que tener siempre presente que la verdadera devoción a Jesús, consiste en hacerse su esclavo por amor, a través de la Santísima Virgen María, haciéndolo todo por, con, en y para Ella; lo más fácil para esto es pensar: ¿qué haría María Santísima en mi lugar? Y no nos olvidemos de nuestro dulce Protector el Santísimo José, que tanto amaba a Jesús y María hasta llegar a morir de amor en sus amantísimos brazos, para que nos alcance ese mismo amor.

La Santa Faz; pensad de quién es, y mirad todo lo que hizo por nosotros, pobres pecadores. Nada nos merecemos, mas su amor es tan misericordioso que nos cuida y protege y nos ha dado la oportunidad de salvarnos.

Que todo un Dios se hizo hombre, cogiendo un estado pasible para poder sufrir por la humanidad y así reparar al Padre Celestial y redimir a los hombres. Tanto como sufrió y padeció durante los años que vivió en esta tierra miserable, principalmente en su Pasión y Muerte, y siempre estuvo sereno y humilde, porque sabía que esa era la Voluntad del Padre, para darle la debida reparación y conseguir nuestra redención y salvación eterna, si nos acogemos a ella.

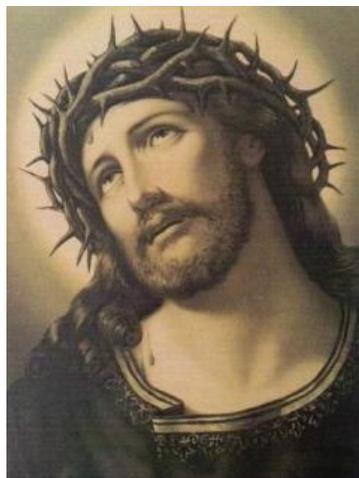
Nuestra misión es consolarle por todas las traiciones, sacrilegios, ofensas y olvidos cometidos, y por los que desgraciadamente se siguen cometiendo. ¿Cómo lo podemos consolar? ¿No es, precisamente, Jesús, quien en su Santa Faz nos muestra su gran deseo de poseer nuestro corazón? Él sabe muy bien qué insignificantes somos y que aquí en la tierra nunca llegaremos a ser santos ni perfectos, por eso sólo nos pide algo muy sencillo: que le demos nuestro amor, porque ¡el Amor, con amor se paga! Ese amor hará que todo lo que ofenda a la Santa Faz, nos duela a nosotros también, porque el amor hace sentir profundamente los sufrimientos del Amado, con deseos de compartir sus dolores para consolarle.

Tenemos que pedirle perdón por las muchas ofensas que recibe en su Santa Faz; tenemos que agradecerle los innumerables favores que nos ha concedido y concede diariamente, y pedirle especialmente por el triunfo de su Santa Faz.

Un gran tesoro tenemos, una fuente de profunda paz y de santa alegría: la Santa Faz; porque si tenemos un problema, un sufrimiento, dolores, dificultades sin fin, no hay motivo alguno para espantarse, o desanimarse; hay que contemplar la Santa Faz, porque al mirar ese Divino Rostro que tanto sufrió y padeció por nosotros, nos preguntaremos: ¿Qué son nuestros sufrimientos en comparación con los de Él?

Es un consuelo que le damos, cuando cargados con nuestras cruces, con nuestras miserias, a veces agobiados, no le pedimos nada, y sólo le ofrecemos una mirada de amor; la Santísima Virgen, que es su Madre, se alegra cuando contemplamos el Rostro de su Divino Hijo. Estamos aquí en este valle de lágrimas para consolar a la Santa Faz. Si pedimos algo a la Virgen María después de haber adorado el Divino Rostro de Nuestro Señor Jesucristo, Ella nos lo concederá. Lo ha prometido y no faltará a su palabra.

Esa Santa Faz entristecida y sufriente es la que queremos consolar, y Ella nos llena, ya en la tierra, de una alegría inmensa. Y, ¿cómo será entonces nuestro gozo cuando llegue el bendito día en que podamos contemplar por toda la eternidad ese mismo Divino Rostro, pero glorioso y majestuoso, cara a cara? ¡Qué felices y agradecidos hemos de



estar, por haber sido guiados a la Santa Faz! El que la mira y la contempla con amor, sentirá en su corazón muchas santas emociones hacia el Divino Rostro. Estemos siempre en presencia de Dios; sea Él nuestro único amor. El tiempo pasa muy rápido; dentro de nada estaremos en la Patria Celestial, donde podremos gozar por toda la eternidad.

Para que sea conocida por todo el mundo y así lleguemos a la paz y felicidad eternas, ¡adorad la Santa Faz! Mas antes de gozar, hay que sufrir. Preparémonos para la lucha por el Reino de Dios: estemos prevenidos y fortalezcamos el alma con nuestras oraciones y penitencias, y así, con las armas poderosas de la Adoración a la Santa Faz, de la verdadera devoción a la Santísima Virgen María, y del amor al Santísimo Sacramento, salvaremos innumerables almas y podremos estar seguros de que perseveraremos en la Fe y podremos ver el Glorioso Rostro de Nuestro Señor Jesucristo. Tesoros muy grandes tenemos los palmarianos, y el más precioso de todos es la Santa Faz.

Es un tesoro muy digno para ofrecérselo al Padre Celestial, por lo que el Padre Eterno dijo, en 1970: «¿Queréis ofrecerme todos los días la Santa Faz de mi Hijo, para retener el brazo que tengo dispuesto a dejar caer sobre la humanidad? Hijos míos, debéis saber que todo cuanto me ofrecéis por la Sagrada Faz de mi Hijo, se convierte en ofrenda infinita. Hijos míos, procurad todos los días ofrecerme la Sagrada Víctima, oyendo todos los días la Santa Misa y recibiendo a mi Hijo en la Eucaristía».

Los fieles deben ofrecer la Santa Faz al Eterno Padre en unión con la Santa Misa, pues dice la doctrina palmariana que «el Santo Sacrificio de la Misa se ofrece a Dios por los siguientes principales fines: Para adorarle, darle gracias, repararle y satisfacerle por los pecados, y pedirle por vivos y difuntos... Toda la Iglesia se une al Celebrante en la Misa para colaborar en los fines de la misma».

El Padre Eterno dijo también: «En los días terribles que vendrán a la humanidad, la Sagrada Faz de mi Divino Hijo será verdadero paño de lágrimas, porque mis verdaderos hijos se ocultarán tras Ella. Será, la Santa Faz, verdadera ofrenda para que Yo aplaque los castigos que enviaré a la humanidad. En las casas donde se hallare, habrá luz para poder librarse del poder de las tinieblas. En los lugares familiares, donde esté la Sagrada Faz de mi

Hijo, daré orden a mis Ángeles para que los señalen, y sean mis hijos preservados de los males que caerán sobre esta humanidad ingrata. Hijos míos, haceos todos verdaderos Apóstoles de la Santa Faz, y extendedla por todas partes. Mientras más extendida esté, menor será la catástrofe».

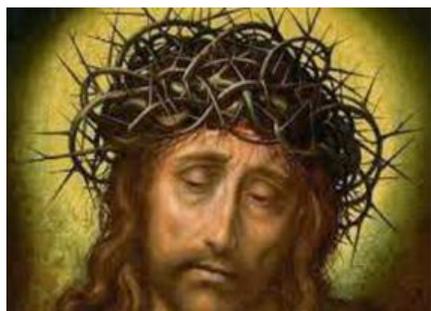
Y días después, dijo también: «Por la devoción y la adoración que habéis tenido a la Santa Faz de mi Divino Hijo, han salido del Sacratísimo Corazón de Él, rayos luminosos, que han estampado su Santa Faz en vuestros corazones, y ahora Yo, como Padre, al contemplaros, y ver el Rostro de mi Hijo en vosotros, no os puedo negar nada, porque es a mi Hijo a quien veo. Pedid siempre que la Sagrada Faz de mi Hijo se grave en vuestros corazones».

San Pío de Pietrelcina dijo: «Yo fui un verdadero amante de la Santa Faz de Nuestro Señor Jesucristo. Los grandes devotos de la Santa Faz, tienen una gloria incomparable. Están más cerca de Jesús contemplando su Rostro Glorioso. Todos los verdaderos devotos de la Santa Faz recibirán gracias sobreabundantes para alcanzar la santidad; la cual la lograrán siempre unidos a la Cruz del Divino Maestro; sin cruz no hay santidad. Hay que crucificarse junto a Jesús, e implorar a la Madre de Dios que ruegue incesantemente por todos. Los que extiendan la devoción a la Santa Faz, serán recompensados, de forma singular, en la Patria Celestial, y aun en la patria terrenal. Hijo mío: Imita a los grandes adoradores de la Santa Faz, y sobre todo, a Teresita del Niño Jesús y de la Santa Faz, la que más amó a la Santa Faz. Por eso ocupa un lugar preeminente junto a Jesús. Hijo mío: Sé humilde, déjate pisar por todos; que, con Jesús y María, podrás contra el enemigo».

Cristo Rey hizo esta exhortación: «No se acepta la devoción al Espejo de mi Misericordioso Corazón, que es mi Divina Faz. Si no son capaces de adorar mi Divino Rostro, que tiene belleza visible, ¿cómo van a comprender, para adorar, mi Divino Corazón, cuya belleza es invisible, porque es la acción de la Divinidad!... Para comprender el fuego de mi Corazón hay que adorar mi Divino Rostro. Mi Sagrado Corazón proyecta con rayos su amor en mi Divina Faz... Que se reconozca la devoción y se adore mi Divina Faz, para que las almas, mediante la Luz de mi Rostro, amen mi Divino Corazón con todas sus fuerzas... ¡Compadeceos de Mí! ¡Os amo con todas mis fuerzas y os amo con toda la Divinidad! ¿Qué más queréis?»

Mensaje de Nuestro Señor Jesucristo: «Mirad mi Rostro lleno de sangre, de sudor, de salivas, de cardenales. Imaginaos, entonces, cómo está mi Sagrado Corazón. Por mi Divino Rostro conoceréis hasta qué punto os he amado. En Él se refleja mi Corazón oprimido, mi Corazón exprimido, mi Corazón triturado por los pecados de la humanidad».

Un día, Nuestro Señor Jesucristo se apareció sonriente, y Clemente le preguntó: ‘¿Así veremos tu Rostro en el Cielo?’ «No, hijos, será infinitamente más resplandeciente, más hermoso, más grande. Si os dierais cuenta, estaríais siempre pensando en venir a ver mi Rostro Glorioso en los Cielos. Es la Luz del Cielo. Todos aquellos que alcanzan el Paraíso Celestial, al contemplar mi Rostro Glorioso, ven la Divinidad; ahí se rompe el velo de los misterios. Pero para llegar a esa dicha, hay que reparar mi Rostro de Pasión, mi Rostro dolorido, mi Rostro abofeteado, mi Rostro ensangrentado. Si Yo ahora quisiera mostraros mi Rostro Glorioso, todos vosotros caeríais muertos. No hay



humano que resista este resplandor. Hubo una persona, que ya en la tierra, tuvo la dicha de verme con el Rostro Glorioso tal como lo tengo en el Cielo, y esa persona es mi Santísima Madre, porque le plugo al Padre Celestial. Pues, mis Apóstoles, en la Transfiguración del Tabor, no llegaron a ver mi Rostro completamente glorioso, pues hubieran muerto. Hijos míos, pensad siempre en contemplar mi Rostro Glorioso, y así no pecaréis; pues el que verdaderamente desea ver a su Dios, recibe grandes fuerzas para combatir al enemigo». Luego, refiriéndose a la Santísima Virgen, añadió: «La mayor Adoradora de mi Rostro, la que con más amor lo besaba y lo acariciaba. Mi Madre pasaba las horas y las horas contemplando mi Rostro; lo mimaba, lo acariciaba como

ninguna madre, porque sabía que era su Dios. Imitad a mi Santísima Madre y, al menos, llegaréis a adorar un poco mi Rostro».

En otra ocasión Nuestro Señor Jesucristo dijo: «Contempla esta visión de tu Redentor coronado de espinas. Observa la Sangre que corre por mi Divino Rostro. Fíjate en las señales que mis verdugos dejaron estampadas en mi admirable Rostro. Todo esto es por las muchas ofensas que recibo diariamente. Grábate bien este Rostro, angustiado, afeado y desconocido».

En 1977 Nuestro Señor Jesucristo dijo a los Carmelitas de la Santa Faz: «¡Oh, hijitos queridísimos: En vosotros pongo la confianza, y espero de vosotros el consuelo y el amor! ¡Consolad este Corazón Sangrante y esta Sagrada Faz llena de heridas! ¡Oh! amadísimos hijos: ¡Cuánto os amo y cuánto espero de vosotros!» La Orden de los Carmelitas de la Santa Faz tiene como misiones primordiales la de preparar el Segundo Advenimiento de Cristo y la

de luchar tenazmente contra el Anticristo y sus huestes infernales; y para esto es muy necesaria la devoción a la Santa Faz. El Señor, cuando anunció la Orden, antes de su fundación, ya la llamó también «la Orden de los Adoradores de la Santa Faz.»

En 1974, la Santísima Virgen María habló en El Palmar de la importancia de la Santa Faz de su Divino Hijo: «De esta Santa Faz, que es el Sol para iluminar toda la humanidad. De esta Santa Faz, que irradia la Luz a todos los hombres de buena voluntad por todas las tierras. Por un designio expreso de la Augusta Trinidad fue pedido entronizar, en este Sagrado Monte, la Divina Faz de Cristo Jesús, Rey de reyes. ¡Cuántas bendiciones ha recibido este Lugar y sus devotos desde que fue entronizada la Sagrada Faz! Y, ¡cuánto ha retrocedido el enemigo infernal! Hijitos míos: ¡Qué horror y qué pánico tiene Satán a la Divina Faz! No os lo podéis imaginar. Por eso está garantizado aquí, dentro de estas verjas, el que Satán obre con menos poder. Y de esto, muchos no quieren darse cuenta. Mirad y observad que, cuando oráis aquí, oráis ante el Espejo de la Divinidad: Esa Faz Sacratísima que os enseña la Dolorosa Pasión para vuestra salvación. Hijitos míos queridísimos: defended este Sagrado Lugar contra las embestidas del dragón infernal. Proteged esta Sacratísima Faz, que es y será la Luz del mundo. Desgraciadamente, no todos comparten esto que os digo. Hijitos queridísimos: Ya veis cómo se ora y cómo se hace penitencia y sacrificio ante esta Sagrada Faz. Y así, el Eterno Padre, aplaca su Cólera. Y así, el Eterno Padre, deja de ver muchas cosas que hay en el mundo, porque sus Ojos se centran en la Faz de su Ungido... Esta Santa Faz, que es adorada y venerada en este Lugar, está siendo extendida por todos los rincones de la tierra. En muchos países está extendida y preside los hogares de los devotos de este Lugar. Por ese motivo, la Ira del Eterno Padre se va aplacando. A vosotros, mis queridos hijos, os corresponde extender más esta dulcísima devoción a la Sacratísima y Serenísima Faz de vuestro Salvador. Mis queridos hijos, Yo os pregunto: ¿Acaso no veis en la Santa Faz la Majestad de Dios? ¿Acaso no se vislumbra su Omnipotencia? Meditad ante Ella, ante esta dulce Faz, y veréis las delicias y recibiréis bendiciones y gracias. Mirad, hijitos míos: Hoy está todo este Sagrado Lugar lleno de Ángeles, gozosos, cantando las alabanzas de Dios. Y, ¿sabéis dónde se están centrando los Ángeles, adónde están mirando? Están mirando la Sacratísima Faz.»



Continúa la Santísima Virgen: «¡Oh, hijitos míos: nunca os daréis cuenta de la importancia de la devoción a la Santa Faz, especialmente en estos últimos tiempos! Un día llegará en que la Sacratísima Faz de Cristo Jesús será vista por toda la humanidad, ya gloriosa. Pero, para alcanzar esta gracia, es necesario, antes, reparar su Sagrada Faz ultrajada. ¡Pobrecitos algunos que se apartan de la Santa Faz! ¡Pobrecitos! ¡No saben lo que hacen! ¡No saben las gracias que pierden! Alegraos vosotros y dad gracias al Cielo, porque tenéis la dicha de adorar y venerar la Sagrada Faz en este Sacratísimo Monte de Cristo Rey... Que la Santa Faz de Cristo Jesús penetre en vuestros corazones y quede tan unida a vuestros corazones, que sea prenda de salvación para todos vosotros. ¡Oh!, hijitos míos: ¡Cuánta dicha hay en el Cielo al ver a estos grupos humillados y arrodillados adorando el Rostro de Cristo Jesús! Bien es verdad que todas las devociones son buenas y sanas y llevan al Cielo. Pero esta, de la Santa Faz, tiene un matiz especialísimo por deseo expreso de la Augusta Trinidad. Porque la faz es la representación de la dignidad del hombre, y Cristo fue ofendido en esa misma dignidad. Por eso, Cristo tiene que ser reparado en esa mismísima dignidad que representa su Sacratísima Faz. La faz es el espejo del alma. Vosotros, como fieles devotos de la Sagrada Faz, tenéis que enjuagarla con vuestras oraciones, tenéis que limpiarla, ablandarle el enorme cardenal que tiene, quitarle las espinas. Y ¿cómo? Con la oración y sacrificio ante su Divina Faz. Yo os aseguro, mis queridos hijos, que a todos los devotos de la Divina Faz, les será dada una gran luz para comprender los misterios de los últimos tiempos. Yo os lo aseguro maternalmente, mis queridos hijos: Que todos aquellos que profesáis amor especial a la Santa Faz, seréis grandemente avisados de peligros y catástrofes y seréis iluminados especialísimamente; y seréis los que estaréis más cerca del Señor en la Patria Celestial. Todas estas gracias tenéis los devotos de la Santa Faz. No las perdáis, mis queridos hijos, que también es fácil perderlas. Mis queridos hijos: Procurad tener todos los días, en vuestras casas, aunque sea una pequeña oración dedicada a la Divina Faz de Cristo Jesús. Al levantaros no se os olvide saludarla y al acostaros no se os olvide pedirle la bendición. Y caminando así llegaréis felices a la Patria Celestial. Un día, no muy lejano, será vista en los cielos de España la Divina Faz, que será el estandarte del gran Caudillo del Tajo. Los enemigos de Dios y de España, al ver la Santa Faz, retrocederán, y el Caudillo del Tajo triunfará.»

Hacemos hincapié en lo que dijo María Santísima al comienzo de este mensaje: «De esta Santa Faz, que es el Sol para iluminar toda la humanidad. De esta Santa Faz, que irradia la Luz a todos los hombres de buena voluntad por

todas las tierras... ¿Acaso no veis en la Santa Faz la Majestad de Dios? ¿Acaso no se vislumbra su Omnipotencia?» En la Santa Faz, donde brilla la Majestad y Omnipotencia de Dios ‘los hombres de buena voluntad’ encuentran la aclaración del misterio de Cristo Crucificado, como dice San Pablo: «Y mientras que los judíos obstinados apoyan sus errores en la falsa idea de un mesías triunfalista, y los gentiles obstinados apoyan sus errores en la vana ciencia del racionalismo, yo predico a Cristo Crucificado, el cual es escándalo para dichos judíos y locura para dichos gentiles. Mas, para los que han aceptado la verdadera Fe, ya sean judíos o gentiles, es Cristo la Virtud divina y la Sabiduría divina: Pues lo que parece locura en Dios es mayor sabiduría que la de los hombres; y lo que parece debilidad en Dios, es más fuerte que toda la fortaleza de los hombres» (1 Cor).

El Señor podía habernos dejado la imagen de su Rostro glorioso, que nos hubiera llenado de admiración y de amor al ver tanta majestad, belleza, poder y gloria; pero prefirió dejarnos una imagen mucho más reveladora: la de su Rostro dolorido, maltratado y humillado, para que comprobemos cuánto nos ha amado; pues no hay amor más grande que dar la vida por el amado. Y Jesucristo ha dado mucho más, sufriendo indecibles tormentos por nuestra salvación, cuyo amor se demuestra en la Santa Faz, que es el amor de todo un Dios a sus pobres criaturas.

Cristo en esta cuestión actuó como cierto príncipe que ocultó su hermosura, riquezas y poder, a fin de probar la fidelidad de su amante, o constatar que sólo codiciaba sus bienes. En la Santa Faz vemos a Cristo tal como lo vieron los judíos aquel día cuando clamaron: «¡Crucifícale!» Ellos lo rechazaron cuando lo vieron desprovisto de la gloria humana y material que querían ver en su Mesías, pero no advirtieron que estaba radiante de gloria espiritual, que así hacía resplandecer su divinidad, su amor y su humildad.



Pilato les dijo: «He aquí a vuestro Rey». Y aquellas palabras fueron la última oportunidad de salvación para el Pueblo Judío; ya que el Espíritu Santo, por boca de Pilato, les avisaba a todos que tenían presente al Rey y Mesías Prometido, al que tanto habían deseado. Mas, ellos respondieron: «No tenemos otro rey sino al César». Y todos gritaban a grandes voces: «¡Crucifícale, crucifícale!» Y añadieron: «Caiga su Sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos». Con estas palabras, el Pueblo Judío quedaba convertido en pueblo deicida, y aceptaba las funestas consecuencias que conllevaría para ellos y sus descendientes la muerte del Mesías.

Aquella cruel muchedumbre del Pueblo Judío, bajo Anás y Caifás, le rechazaba con los mayores improperios, y decía: «Si Él es el Cristo, el Rey de Israel, descienda ahora de la Cruz, para que lo veamos y creamos». Y todavía hoy, como dijo San Pablo en aquel entonces, «los judíos obstinados apoyan sus errores en la falsa idea de un mesías triunfalista.» Esta perversa actitud de los judíos pone de manifiesto que, el día que se conviertan a la verdad, no será suficiente que acepten a Cristo Resucitado que ha triunfado sobre la muerte, sino que tendrán que reconocerle como Rey en medio de sus humillaciones y dolores, y para esto tendrán que adorar la Santa Faz, que conserva toda la majestad, serenidad, humildad, caridad y paciencia que manifestó cuando Pilato les dijo: «He aquí el Hombre», presentándoles a Jesús llevando la corona de espinas y el manto de púrpura, como Rey de Eterna Majestad.



Por lo tanto, parece que en ese mismo Viernes Santo se decretó que, si algún día los judíos quieren reincorporarse al Pueblo de Dios, tendrán que adorar a Cristo tal como lo vieron sus padres cuando lo rechazaron, para lo cual se imprimió la Santa Faz en el Santo Sudario. Esta sagrada imagen quedó escondida a los ojos mortales hasta poco antes del principio de la Era Apocalíptica, en la cual tendrá lugar la conversión del pueblo judío. En la Santa Faz los judíos tienen la prueba de la veracidad de las palabras que Cristo pronunció aquel día: «Mi Reino no es de este mundo».

En la Santa Faz vemos a Cristo Rey humillado y majestuoso, tal como lo vieron los judíos en el momento en que pedían su crucifixión. Este es el Cristo que honramos, el Cristo que fue rechazado por su propio pueblo, y al verle así, le aclamamos nuestro Rey, le honramos y adoramos como a nuestro Dios y nuestro Salvador. El mundo actual, por su apostasía, también ha rechazado a Cristo Rey, pues ya no tiene otro rey sino a Satanás, príncipe de este mundo, el cual dirige los gobiernos y sus leyes diabólicos. Del mismo modo esta generación, después de los castigos que vendrán, tendrá que postrarse ante la Santa Faz humillada y ultrajada de su Dios, reconociéndose también culpable de su muerte.

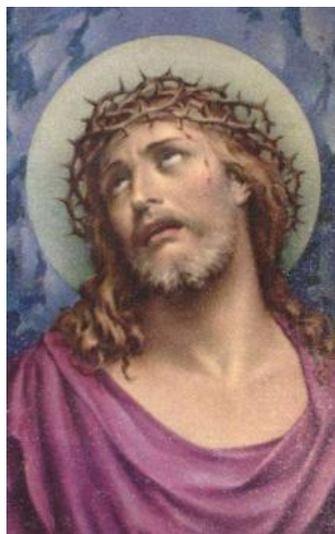
El Señor quiere que adoremos su Sagrada Faz dolorida, para que así se repare el deicidio que se cometió al condenarle a muerte; para que seamos sus amigos y compañeros en ese amarguísimo trance, en esos momentos de humillación, y así podamos ser también sus compañeros en la Gloria. Por eso, la devoción a la Santa Faz dolorida del Señor es una devoción particularmente para los últimos tiempos, porque en estos últimos tiempos va a suceder la conversión del pueblo judío, como está profetizado; o sea, los judíos tendrán que reconocer y admitir a Cristo como Rey. Y ¿cómo tienen que reconocerle? ¿Con esa gloria humana y material que sus antepasados querían ver en su Mesías cuando lo crucificaron? No, sino que ellos tendrán que reconocerlo con su Santa Faz herida, tal como lo vieron sus padres cuando rehusaron reconocerle como Rey, e incluso con el Rostro aún más humillado y desfigurado. Tendrán que reconocer esa Santa Faz que renegaron, y deberán también reparar las heridas que le infligieron, y someterse a su imperio. Le reconocerán y se convertirán a Cristo cuando se levante el velo que todavía les cubre el corazón.

La Iglesia ha colocado la antorcha de la verdadera Fe Católica sobre el candelabro, a fin de que alumbré a todos, y esa antorcha es la Santa Faz que preside en el monte llamado de Cristo Rey, el Sol para iluminar toda la humanidad, y que irradia la Luz a todos los hombres de buena voluntad. ¡He aquí a vuestro Rey!

¡Cuánto podemos leer en la Santa Faz, que es un resumen de toda nuestra santa Fe católica palmariana! Sobre la Santísima Trinidad, pues la Faz adorable de Jesús es la obra maestra del Espíritu Santo, en la cual el Eterno Padre ha puesto sus complacencias; en ese Rostro Divino se ve al Unigénito del Padre, humanado por virtud del Espíritu Santo en el seno de la Bienaventurada Virgen María, para realizar la Reparación a Dios Padre. En la Santa Faz se ve la Pasión, la Reparación y la Redención. Cristo fue obediente hasta la muerte, y muerte de Cruz, para enseñarnos a acatar la Voluntad de Dios y a tener paciencia en las adversidades. La Santa Faz injuriada nos hace patente: los nefastos resultados de la desobediencia de Adán, la maldad del pecado, y la malicia del pecado mortal, que es una afrenta contra la Majestad divina, y que es un rechazo al mismo Dios, porque es decirle: ‘Señor, no quiero servirte.’ ¿Qué castigo, pues, merecerá una injuria hecha a Dios? ¿Y a un Dios que murió por nuestro amor?



La Santa Faz nos revela la importancia de salvarse, la vanidad del mundo; nos hace pensar en la infelicidad del que vive en pecado, porque nos recuerda el trance de la muerte, cuando acaba el tiempo de merecer o de desmerecer. Nos muestra que después del Juicio viene el Cielo o el Infierno, y que éstos son eternos: porque si el infierno fuese sólo una pena temporal como el purgatorio, no habría sido necesario que Cristo, Víctima Infinita, muriera para reparar al Padre Eterno y así, redimiéndonos; luego, nos advierte que hay un infierno eterno en el que el condenado estará pensando en un mar de fuego inextinguible, atormentado con todo género de suplicios, desesperado y abandonado de todos por toda una eternidad.



El fin último del hombre es amar y servir a Dios en esta vida, para gozarle eternamente en la otra. De manera, que Dios le ha puesto en este mundo, no para adquirir riquezas y honores ni gozar de placeres, sino para obedecer sus preceptos, y ganar por este medio la eterna bienaventuranza en el paraíso. ¡Cuánto amor nos tiene! ¿Cómo podemos corresponder a tanto amor?

En la Santa Faz vemos el rechazo que Cristo sufrió por parte de los judíos que no quisieron aceptar su Doctrina hace dos mil años; y también el rechazo que sufrió en estos tiempos por la traición de la iglesia romana; por eso Cristo huyó al desierto del Palmar, para quedar otra vez oculto, desconocido y despreciado por el mundo, hasta que resucite de nuevo con el triunfo de su Iglesia. En el último día juzgará severamente a los que ultrajaron su Santa Faz con pecados, y será Juez benigno a favor de los que le rindieron adoración y reparación.

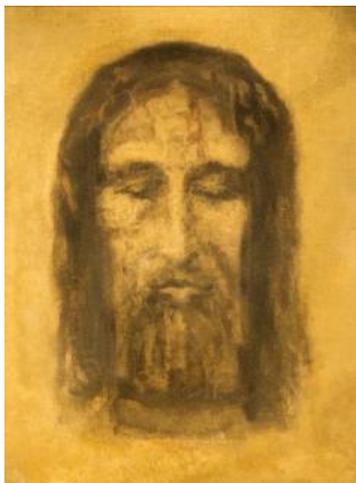
Nuestro Señor Jesucristo dijo, en 1975: «Ahí está la representación de mi Santa Faz, que quiere decir Luz de Dios para el mundo. La Luz de mi Rostro cubra a la humanidad. Y no olvidéis que mi Sagrada Faz es un parapeto donde tropieza la Ira del Padre y se evita que descienda sobre los hijos. He aquí mi Sagrada Faz expuesta en medio del mundo, para recibir la Ira del Padre y para dar la Luz a los hombres. ¡Prepárese el mundo a los próximos acontecimientos! ¡Prepárese, y bien preparados, con las armaduras de la oración, la penitencia, el sacrificio, la inmolación! Y acuérdense todos, que mi Sagrada Faz representa la Luz Divina que descende a los hombres. Los que meditan en las afrentas recibidas en mi Sagrada Faz, no serán confundidos; caminarán en la Luz, serán preservados de las tinieblas futuras. Y así, venerando esta Sagrada Faz, comprenderéis los Rayos de Amor que

brotan de mi Sagrado Corazón. Pero hay que comprender primero las afrentas recibidas en mi Sagrada Faz: El Hijo del Altísimo que expone su Rostro para ser escupido, abofeteado; para servir de mofa, y así aplacar la Ira del Padre y salvar a los hombres. Cuando meditéis bien sobre esta Sagrada Faz, comprenderéis perfectamente la entrega de este Sacratísimo Corazón. Los que reciben la Luz de la Faz, penetran en la Luz del Corazón. ¡Oh, hijitos queridísimos! ¡Cuántos necios hay en el mundo que rechazan la Luz de mi Rostro, y así no pueden comprender las delicias de mi Corazón! Porque, considerad vosotros: ¿Qué hombre de buenos sentimientos, al contemplar esta Faz dolorida, afrentada, afeada, no recibe un impacto en su corazón y se muere de dolor al ver la Faz de su Cristo acribillada? ¿Qué hombre agradecido a su Dios, al ver esta Faz llena de dolor, de escupitajo, no piensa que ha sido por la salvación de él y de todos los hombres que quieren acogerse a esta suavísima Redención?»

Sigue hablando el Señor: «Mi Faz brillará al fin de los tiempos y dará la luz a los hijos de la Iglesia perseguida, a los hijos de las catacumbas. Cuando llegue el poder del Anticristo, y esta Faz se manifieste al mundo, todos mis hijos perseguidos se sentirán protegidos por la Luz que sale de mi Rostro. ¡Pobre humanidad que rechaza esta Luz, que no sabe que en mi Faz está el espejo de la Patria Celestial, que meditando bien la Sagrada Faz, se comprende el Amor de todo un Dios, que se hace Hombre, que se humilla, que sufre, que padece persecución, crucifixión, y que después resucita para abrir el Cielo a toda la humanidad! ¡Pobrecitos los hombres; qué necios son! Sólo quieren poseer la tierra por medios materialistas, y no saben o no quieren saber que, para poseer la tierra pacíficamente, hay que adentrarse en esta suavísima devoción a mi Sagrada Faz. Cuando mi Sagrada Faz sea expuesta a la veneración de toda la humanidad, cuando todos mis enemigos me reconozcan como Rey, al contemplar esta Faz, entonces vendrá la solución para los problemas del mundo. Por otro camino no lo busquen, pues no lo encontrarán. Que la Luz de mi Rostro os proteja a todos vosotros. Que esta Luz permanezca en vosotros hasta el fin de vuestros días y sea vuestro camino a la Patria Celestial, donde podéis contemplar mi Faz Gloriosa por toda la Eternidad».

El Señor dijo en 1975, en la fundación de la Orden: «Sois los Carmelitas de la Santa Faz. La Luz especial para la Iglesia, vendrá de esta Orden... ¡Oh, hijitos de mi Corazón, os llevo dentro de mi Corazón! Esta Orden naciente está muy dentro de mi Sacratísimo Corazón. Y estáis dentro de mi Corazón, porque ya habéis estado muy dentro del Inmaculado Corazón de María. Y estáis dentro de mi Corazón, porque amáis intensamente mi Sagrada Faz de Pasión, de Dolor. Así se alcanza entrar en mi Corazón de esta manera tan suavísima y tan profunda. Aquellos que aman mi Sagrada Faz con tanta devoción, encuentran las puertas de mi Corazón completamente abiertas. Tenéis cada uno de vosotros un trono dentro de mi Corazón. ¡Oh, los devotos de la Santa Faz, los que brillarán más que ninguno! Pero muchos no comprenden la devoción a mi Sagrada Faz. Por eso he querido constituir esta Orden Religiosa de Carmelitas de la Santa Faz, para que contagien al mundo a tener devoción a mi Sagrada Faz».

Tantas promesas para los que honren la Santa Faz; tantas amenazas para los que la desprecien. Cuando lleguen las grandes tribulaciones que están profetizadas, Nos, no queremos que se dispersen las ovejas del rebaño, o que los pocos fieles que hay ahora abandonen la Iglesia, como sucederá si no están fortalecidos por la adoración a la Santa Faz; pues nos advierte Cristo en el Santo Evangelio: «El que oye mis palabras y las pone en práctica, será semejante a un hombre prudente que edificó su casa sobre piedra. Y aunque cayeron las lluvias y los ríos se desbordaron y soplaron los vientos dando con ímpetu contra aquella casa, ésta no fue destruida porque estaba edificada sobre piedra firme. Pero aquel que oye mis palabras y no las pone en práctica, será semejante a un hombre imprudente que edificó su casa sobre la arena. Y luego que cayeron las lluvias y los ríos se desbordaron y soplaron los vientos



dando con ímpetu sobre aquella casa, ésta se desplomó y su ruina fue grande». El que oye las palabras de Cristo, (repetidas en tantos Mensajes sobre la adoración a la Santa Faz), y las pone en práctica, ese será semejante a aquel hombre prudente que edificó su casa sobre piedra firme; y el que no las cumple es porque no ama a Cristo, ya que edificó su casa sobre la arena del amor propio.

Cuando Nos, en nuestra Sexta Carta Apostólica, impusimos la obligación de rezar el Santo Rosario Penitencial diariamente, dijimos que «un padre, si ama a sus hijos, les obliga a practicar las virtudes cristianas, amar a Dios y a María Santísima, y a estudiar y trabajar para que no pasen miseria ni en esta vida ni en la eternidad. Si no lo hace así, esos mismos hijos le van a recriminar en el día del Juicio por no haberles obligado a ello con su autoridad de padre. Igualmente, Nos, como Padre y Pastor de vuestras almas, no podemos quedar indiferente al ver que hay algunos fieles que se esfuerzan poco en amar y servir a Dios, y que van debilitándose tanto que van a caer cuando lleguen dificultades y pruebas. Por el bien de vuestras almas, Nos, nos vemos obligado a remediar el mal.» Lo mismo decimos ahora, y no sólo para el bien de vuestras almas, sino para la gloria de Dios y la salvación del mundo.

Por lo tanto, desde ahora en adelante, para todos los fieles palmarianos que hayan hecho ya la Primera Comunión, **Nos, establecemos la obligación, bajo pecado mortal, de arrodillarse y adorar la Santa Faz, rezando el acto de consagración a la Santa Faz diariamente.** Conviene que lo haga toda la familia junta. También ordenamos y os exhortamos encarecidamente a rezar el Santo Viacrucis en reparación a la Santa Faz, aunque no bajo pecado mortal. Mirad que los frailes y monjas de nuestra Orden tienen que rezar cada día el Viacrucis, o el Viacrucis gregoriano, además del Santo Rosario Penitencial, además de las muchas Santas Misas y otros cultos sagrados, y sus trabajos. Creemos que si los fieles tienen un ardiente deseo de agradar a Dios y organizan bien su tiempo, verán que pueden hacerlo sin problemas. Sólo así se cumplirá lo que se ha pedido desde las primeras Apariciones en El Palmar: «Que el Santo Padre ordene que toda la Iglesia adore la Santa Faz de Jesucristo, pidiendo la conversión de todo el mundo. Que lo haga de la siguiente manera: Obligatoriamente todos los días, sin faltar ni uno, hagan el Viacrucis, contemplando su Dolorosísima Pasión.»

La Tercera Guerra Mundial está a las puertas, y llegará de repente. Habéis visto cómo los Obispos de España, al rechazar los Mensajes sobre la consagración a la Santa Faz, se hicieron culpables ante Dios de la apostasía del pueblo; Nos, no queremos ser responsable de vuestra perdición, por lo que Nos, exigimos el cumplimiento de los amorosos deseos de Dios para gloria de la Santa Faz y para vuestra salvación eterna. Recordad lo que en el Antiguo Testamento sucedió al general Naamán de Siria, el leproso, que fue a pedir a San Eliseo curarle de la lepra; Eliseo mandó decirle: «Vé y lávate siete veces en el Jordán, y tu carne recobrará la salud, pues quedarás limpio de la lepra». Indignado Naamán, rehusó cumplirlo, y se retiró diciendo que en Siria había mejores ríos para lavarse. Entonces, dicen las Sagradas Escrituras: «le dijeron sus soldados: “Señor, aunque el profeta te hubiera mandado una cosa dificultosa, en verdad debieras hacerla con el fin de recobrar la salud; ¿cuánto más que te ha dicho: Lávate y quedarás limpio?” Fue, pues, Naamán, y se lavó siete veces en el Jordán, conforme a la orden del varón de Dios, y quedó limpio de la lepra.» Pues ahora se repite la historia: si Dios nos hubiera mandado una cosa dificultosa, en verdad deberíamos hacerla con el fin de conseguir la salvación del mundo; y ¿con cuánta mayor razón si lo que nos ha pedido es adorar su Sagrada Faz? No podemos esperar que llegue el Gran Milagro prometido, si no cumplimos lo que fue mandado como obligatorio en los Mensajes.

El Eterno Padre está enojado y la Virgen Santísima sigue llorando por la corrupción del mundo actual, pero también porque muchos fieles palmarianos están perdiendo espiritualidad, olvidando su misión de amar, adorar y reparar a Dios, de salvar almas y santificarse. Además, hay jóvenes palmarianos que están aburridos, desanimados y faltos de entusiasmo, que se parecen a aquel siervo desleal del Evangelio, que dijo en su corazón: «Tarda mi señor en venir», y comenzó a divertirse hasta que llegó su señor en el día y a la hora que no lo esperaba. Los palmarianos tienen que estar dispuestos a luchar por la Iglesia como soldados valientes, para lo cual encontrarán fuerzas en la Santa Faz, y confiamos que ahora conseguirán por la Santa Faz esa espiritualidad que les falta.

Nos, mediante la presente Carta Apostólica, llamamos a todos los fieles de la Iglesia Una, Santa, Católica, Apostólica y Palmariana, para que acudan en peregrinación a este Sagrado Lugar el próximo día 12 de octubre, Fiesta de Nuestra Madre del Palmar Coronada, Iluminadora de los Santos Concilios Palmarianos; y Fiesta de la Santa Faz de Nuestro Señor Jesucristo, Luz y Fortaleza de los Crucíferos Palmarianos; y el día 13 de octubre, Fiesta del Corpus Christi; el Cuerpo de Cristo, Pan de los Ángeles, descendido de los Cielos en el Altar del Sacrificio Eucarístico. Venid a esta Santa Sede para refugiaros, durante esos días en este oasis de pureza, apartados de la corrupción infernal del mundo actual.

El día 12 de octubre, Dios mediante, saldrán en procesión la Santa Faz de Nuestro Señor Jesucristo y la Imagen de Nuestra Madre del Palmar Coronada; y el día 13 será la Magna Procesión del Corpus Christi.

Dado en El Palmar de Troya, Sede Apostólica, día 29, Fiesta de los Apóstoles San Pedro I Magnísimo y San Pablo Magno, y Día del Papa, junio de MMXIX, Año de Nuestro Señor Jesucristo y cuarto de Nuestro Pontificado.

Con Nuestra Bendición Apostólica  
Petrus III, P.P.  
Póntifex Máximus

*Petrus III P.P.*

